



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA
POLÍTICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Ríos, Alarcón, Arce. Sra. Avellaneda. Sres. Asquerino, Auñón (Marqués de), Álvarez (M. de los Santos), Araoz, Ayala, Ayoa (J. B.), Araquistain, Anchorena, Aizcorne, Ardanaz, Ariza, Antonio Guerra y Alarcón, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzanallana (Marqués de) Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrego, Bueno, Bremon, Bretón de los Herreros (Manuel), Blasco, Burrell, Buitrago, Calvo Assensio (D. Pedro), Campomar, Camús, Canalejas, Cañete, Cardozo, Castelar, Castro y Blanco, Cánovas del Castillo, Castro y Sarrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorro, Cervino, Cuesta (conde de), Collado, Cortina Cortadi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Assensio (D. Gonzalo), Comenge, Cañamaque, Calcaño, Dacarrete, Díaz (José María) Díaz Pérez, Durán, Duque de Rivadavia, Echevarría, (J. A.) Espin y Guillen, Estrada, Echezaray, Equiz, Escosura, Estrella, Eulate, Fabie, Ferrás del Río, Fernández y González, Fernández Guerra, Fernández de los Ríos, Fermín Toro Flores, Figueroa—Figueroa (Augusto Suarez de), García Gutiérrez, Gustavo Baz, Gayangos, Galve de Molina (D. Javier), Graells, Jiménez Serrano, Giron, Gómez Martín, Güel y Rente, Guilibenzu, Guerrero, Incenga, Harzenbusch, Iriarte, Janer, Jaumeandreu, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lucas Mallada, Lopez Guizarro, Lorenzana, Llorente, Lafuente, Macanaz, Machado y Alvarez, Mártes, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé y Flaquer, Medina (D. Tristán), Merelo, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Malagarriga, Ochoa, Olavarría, Olavarría y Huarte, Orgá, Ortiz de Pinedo, Olicam, Pompilio Gener, Palacio, Pasamón y Lastra, Pascual (D. Agustín) Pérez Galdós, Pérez Lirio, Pi y Margall, Poye, Reinoso, Retes, Revilla, Ríos Rosas, Rivera, Rivero, Romero Ortiz, Rodríguez y Muñoz, Rodríguez (G.), Rosa y González, Rus de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagarminaga, Sanz Pérez, Sanz, Salvador de Salvador, Salmerón, Sanromá, Selgas, Sereña Serrano Alcázar, Selles, Tamayo, Trueta, Tubino, Talero, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Viart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla, Sanjuan (D. Ramon de), Combarain y España (D. Eugenio), Acosta (D. Juan).

PRECIO DE SUSCRICION

España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS

España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales

Madrid 28 de Diciembre de 1884

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.

Administracion y redaccion, Salesas, 2, duplicado.

SUMARIO

Revista política, por Carlos Malagarriga.—El ilustre prócer venezolano Antonio Leocadio Guzman, por Héctor F. Varela.—Un año menos, por A. Perez Gomez Niera.—El movimiento religioso en Europa y América, por Nicolás Díaz y Perez.—La dualidad cerebral, por El Dr. Francotte.—Revista Literaria, por B.—La cuerda de cáñamo (continuación), por Francisco Martín Arrúe.—En el Ateneo, por A. Stor.—Una reincidencia, por V.—La Union hispano-americana (continuación), por Ramon de Sanjuan.—Mamá y el nené, por Tristán Medina.—Orzúa de dolor, por Federico Ortega de la Parra.—El marqués de Pombal (continuación), por Rafael María de Labra.—Revista de Madrid, por Eugenio de Olavarría y Huarte.—Anuncios.

REVISTA POLITICA

La apertura de las Cortés ha reanimado la vida política, y el Sr. Sagasta firme en su propósito de concentrar á su alrededor todas las fuerzas anti-conservadoras y sinceramente liberales en solemne reunion de los diputados y senadores del partido fusionista, ha hecho las siguientes importantes declaraciones:

«La democracia monárquica, dirigida por sus jefes, los Sres. Martos y Moret, ha ofrecido su incondicional apoyo á nuestro partido para combatir en la oposicion á los conservadores, que consideran como una calamidad, y en el poder para ayudarnos á desarrollar las libertades públicas.

«Con gran patriotismo y noble desinterés vienen á ayudarnos en nuestra empresa, con la mismalealtad con que la democracia de otras países á los partidos liberales, con lo cual todos vamos ganando; nosotros, porque adquirimos mayor fuerza y nuevos amigos; y ellos, porque cada paso que demos en el camino de la reforma es una conquista para sus ideales.

«Con nosotros pueden formar, pues, sin renunciar á ninguno de sus ideales, con sólo someterse á la disciplina; sin la cual no hay partido posible, y á las decisiones del mayor número.

«Por nuestra parte, podemos implantar todas

aquellas ideas democráticas que no pongan á discusion la monarquía establecida, base de nuestras instituciones y la Constitucion política que nos rige.»

Estas declaraciones son la base de la campaña enérgica que emprende el partido liberal contra la situacion.

No importa que la Izquierda, haciendo lo que en términos militares se llama una diversion, intente provocar una discusion de carácter constituyente: los liberales están bastante unidos y son bastante entendidos en achaques de parlamentarismo para que caigan en el lazo. Lo más seguro es que primero en el Senado y luego en el Congreso, se discuta ampliamente la cuestion universitaria y se muestre á la opinion y al rey, las garantías que dá la union de los liberales y la benevolencia de los demócratas.

.*.*

Hé aquí algunos detalles sobre el estado de los trabajos de la Conferencia de Berlin.

La parte esencial de los trabajos está terminada. Faltan para resolver dos cuestiones: 1.ª La neutralidad del territorio del Congo propuesta por los Estados-Unidos; 2.ª, la fijacion de las formalidades para la adquisicion ulterior de los territorios en Africa.

Sobre este punto, Alemania no ha hecho hasta el presente ninguna proposicion, á pesar de que antes de reunirse la Conferencia, se puso de acuerdo con Francia sobre las formalidades que deben seguirse.

En cuanto á la proposicion americana relativa á la neutralidad, ha sido acogida por algunos potencias con gran reserva. Italia quisiera establecer una sustitucion diciendo: «las potencias representadas en la Conferencia á fin de evitar una guerra en la cuenca del Congo, se encargan mutuamente en caso parecido, á invocar la mediacion de una potencia amiga, antes de recurrir á las armas.»

Una resolucion semejante será probablemente aceptada, pero los debates exigirán aún algun tiempo, y no se espera terminar las discusiones antes de las fiestas de Navidad.

La proposicion relativa á la admision del Congo en la Union postal, adoptada en principio en la última sesion de la Conferencia, es de origen alemán y no inglés, como ha dicho la Agencia Havas.

La comision ha examinado de nuevo la proposicion inglesa, relativa á la prohibicion del comercio del alcohol. Para preservar á los negros del abuso de estos líquidos, se acordará una inteligencia entre las naciones, al propio tiempo que queden salvados los intereses del comercio.

Sobre la actual situacion internacional, preferimos dar á los lectores de LA AMÉRICA las consideraciones que hace en The Times su famoso y bien enterado corresponsal en París.

«En mi concepto, dice, presentan tres distintas soluciones las dificultades políticas actuales.

«Consiste la primera, dice, en que Francia é Inglaterra se ayuden mutuamente en China y en Egipto. Esta solucion parece probable, como lo demuestran los últimos acontecimientos.

«La segunda, es que Inglaterra, descartando todos los obstáculos que paralizan su libertad de accion en Egipto, proclame en aquel país el protectorado inglés y obre como sabe para vigilar los intereses de Egipto. Esta solucion, que parece ser la mejor, no será aceptada por M. Gladstone.

«La tercera es que, Francia, aunque sea menester hacer un sacrificio de amor propio, termine sin tardanza la guerra con China, por un tratado de paz razonable, pero modesto, lo cual podría obligar á Inglaterra á hacer concesiones en los asuntos de Egipto. Sin embargo, es convencion general en París, la de que que M. Fer-

ry, no consentirá jamás un tratado de ese género.

«No hay duda, pues, continúa el corresponsal, que los dos hombres de Estado que dirigen los destinos de Inglaterra y Francia dan pruebas de incertidumbre é indecisión. Gladstone, no quiere abandonar Egipto, ni someterlo al protectorado inglés; Jules Ferry, no quiere continuar la guerra con China, ni hacer la paz con ella. Ambos dejan, como suele decirse, las puertas abiertas, y es fácil que en un instante imprevisto, llegue una ráfaga de viento y las cierre violentamente.»

CÁRLOS MALAGARRIGA.

EL ILUSTRE PROCER VENEZOLANO ANTONIO LEOCADIO GUZMAN

Algo como rumor de tristeza, cruzando la inmensidad de los mares, desde las risueñas playas venezolanas llega en ondas de melancolía á la bulliciosa Madrid.

Vestidos de luto vienen todos los diarios de la República, y en sus variadas columnas se leen, estrofas de los poetas, artículos de los escritores, pensamientos de los literatos, homenajes de las Corporaciones, algo como un inmenso coro de simpatía y respeto entonado sobre la tumba de un hombre, á quien el soplo de la muerte acaba de arrebatar allí, á la patria, á la familia y á los amigos. Pero, ¿quién es el que ha tenido el feliz privilegio de despertar tantas simpatías, causar tan profunda pena, y arrancar tan generales sollozos á una nación entera?

Un filósofo profundo, un orador elocuente, un escritor castizo, un patriota sincero, un hombre de Estado en toda la acepción de la palabra, un revolucionario entusiasta de esos que llevan en la frente tempestad de grandes ideas; un diplomático honrado, un consejero rico de experiencia; uno de esos ciudadanos nacidos para servir á la patria, y que, en todas las épocas de su vida saben llevar á sus altares, cuanto Dios ha dado al hombre para ofrecerlo en aras de la mejor de las causas: ANTONIO LEOCADIO GUZMAN.

Al ver que éste era el nombre colocado en orlas fúnebres, he comprendido ese dolor, esos homenajes; esa uniformidad en el sentir de todo un pueblo, que evocando el recuerdo de sus días pasados, vé destacar en ellos la figura majestuosa del prócer, mereciendo la confianza de Bolívar, desempeñando las comisiones más difíciles con éxito feliz, conteniendo á la demagogia con el acento vibrante de su palabra de fuego, imponiendo en el tumulto de las Asambleas populares, fascinando con sus artículos en la prensa, congregando en torno suyo á los campeones de la libertad y el derecho, sembrando con potente mano la semilla, que en el suelo de la patria ha de producir el fruto bendecido, y sirviendo, por fin, de austero Mentor á una generación, que le escuchaba porque le respetaba, y le seguía porque le amaba.

Inmensa personalidad á que se liga la historia de la Independencia, con sus bizarrías gentiles, y sus heroísmos legendarios, los sacudimientos de la anarquía y la barbarie en las horas sombrías de las luchas intestinas, las grandes alegrías y los grandes dolores de la patria amada; y por fin, todas las evoluciones majestuosas de la libertad triunfante, para hacer de esa patria—hija mimada de sus ensueños y delirios patricios,—sultana de risueña faz que surge de la ruina y los escombros, custodiada en su nacimiento, en su desarrollo y en el encanto de todas sus esperanzas, por ese noble Patricio, por ese padre cariñoso, por ese anciano de agradable faz y mirada penetrante, que se siente rejuvenecer en las expansiones del deleite inocente, al verla por fin risueña y contenta después de la noche tormentosa de sus largos martirios.

Que esa ha sido la vida de Guzman: serie de peripecias fantásticas que empiezan allá con los albores de la Independencia, y concluyen ahora en estos días de prosperidad y grandeza para su patria, á la que, en la hora suprema del viaje eterno, ha tenido el inmenso consuelo de ver

sentada en el banquete de las naciones libres y civilizadas.

Para seguir al Sr. Guzman en todas sus peripecias, en sus múltiples trabajos, como secretario del inmortal Bolívar, comisionado suyo en momentos supremos, y depositario siempre fiel de su confianza; como diputado y senador, como ministro y periodista, como agitador en nombre de la libertad, como caudillo de masas que sabia inflamar en los momentos supremos, como fundador del partido liberal en su tierra natal, como historiador concienzudo en las horas tranquilas, y, finalmente, como colaborador activo de esta última época de la Nueva Venezuela, sería preciso escribir un trabajo ageno á la índole de este periódico, pequeño por cierto, á pesar de sus grandes dimensiones, para bosquejar la vida de uno de los hombres más eminentes del Mundo de Colon, no sólo por la variedad de su hermoso talento, vastísima instrucción, y señalados servicios á la causa americana; sino por la *índole especial* de los hechos y acontecimientos en que ha venido figurando durante sesenta años.

Hablando de esos trabajos, de esa vida, de esa participación, ha dicho un escritor español, dado al estudio de las cosas y de los hombres de América:

«No creo incurrir en exageración ni exponerme á ofender susceptibilidad alguna, si digo que entre los hombres que, de cincuenta años á esta parte, en las regiones de la antigua Colombia más se han distinguido en la labor difícil de adoctrinar á los pueblos, dirigirlos é impulsarles por las vías del progreso y del mejoramiento de sus instituciones políticas, don Antonio Leocadio Guzman, merece ocupar, y bien puede decirse que ocupa, el primer puesto.

Escritor castizo y elocuente; pensador profundo, á la par que sintético y analítico; inteligencia dútil y sutilísima, su actividad lo abarca todo, y á todo alcanza. Teorías sobre el fundamento de las Constituciones ó leyes sustantivas de los modernos pueblos; cuestiones de derecho internacional; estudios sobre la organización de los poderes del Estado; la administración en todas sus múltiples y variadas fases; el cúmulo, en fin, de roces y engranajes que forman el complicado mecanismo del gobierno de una sociedad civilizada y libre. Es, si así puedo expresarme, el nervio de la naturaleza moral del distinguido estadista que me ocupa.

Es orador. Hijo de nuestra raza, nacido bajo el ardiente sol de los trópicos, educado en España en tiempos de gran renovación moral y por los mismos que iniciaron el despertamiento de todas las vehemencias del espíritu, no podía Guzman aparecer en el mundo de las ideas, sin que en su frente brillara la llama sacra de la súbita inspiración, el verbo divino de la palabra.

Su vida es la vida de su patria, Venezuela, en los últimos cincuenta años; una continua serie de esfuerzos en favor de los grandes principios de gobierno; una lucha perenne contra todos los obstáculos que se oponen al ideal de hermanar la libertad con la autoridad; el movimiento natural de las instituciones republicanas con la estabilidad indispensable de los intereses permanentes. Admira ver á Guzman, desde sus mocedades y en aquellos tiempos en que tan indeterminado y vago aparecía aún el pensamiento objetivo de las democracias gobernantes, reflexionar y obrar como un político de un pueblo ya constituido, como un político de las viejas naciones europeas.»

Más adelante el mismo escritor español, después de hablar de la infancia del ilustre prócer, pasada aquí en España, y seguirlo en las grandes y brillantes evoluciones de su vida, concluye sus trabajos con estas palabras:

«Con motivo de la guerra entre Chile y el Perú, nuestro sabio estadista ha manifestado en la prensa sus juicios é impresiones tocante al origen, marcha y resultados probables de aquella lamentable contienda.

Resumo brevemente. Representante gloriosísimo de una generación ya casi extinguida, que en América como en España luchó porfiada y heroicamente contra la tiranía secular y sentó las bases del gran edificio del derecho moderno, desde cuya cúpula cual nuevo Olimpo, se destellan los resplandores que alumbran los horizontes del porvenir: varón fuerte, capaz de todo sacrificio y abnegación en aras de la idea; patriota sin culpables desmayos ni apasionamientos peligrosos; escritor castizo y abundante, periodista laborioso, hábil diplomático y estadista, D. Antonio Leocadio Guzman, es una personalidad que se destaca tanto en la constelación de hombres notables de la América latina, que considero ocioso esforzarme en evidenciar los resultados de la aplicación de sus múltiples aptitudes.

Como literato, una instrucción sólida y bien dirigida y un talento rápido y perspicaz, le colocan al nivel de los buenos de su patria: como parlamentario, nadie en su país puede disputarle la supremacía, y como político, que es bajo el aspecto que mejor puedo juzgarle, Guzman representa un tipo muy singular, naturaleza formada por el estudio y la reflexión, en lucha constante con la actividad pasional de su espíritu, véase á menudo impelido á avanzar por el camino recto,

y este camino, si acorta las distancias, tratándose de perseguir el mejor gobierno para un pueblo, dado lo complejo de los intereses sociales en pugna, no siempre es el mejor. Guzman tiene algo del político inglés, mucho del francés y español y poco del italiano: muéstrase serio é inflexible en la profesión de los principios, pero muy transigente en cuanto á la aplicación de los mismos, y fácil en los acomodamientos con las personas.

Tiene, además de lo dicho, dos méritos indisputables que agrandan mucho su figura: el haber creado el partido liberal parlamentario de Venezuela, y haberlo hecho con el exclusivo esfuerzo de su inteligencia y de su voluntad, sin el prestigio de las glorias militares que tanto fascinan á los pueblos de nuestra raza, y ser uno de los hombres que por más tiempo han influido en la política activa de su patria, colocado siempre en puntos de vista elevados, y lejos del revuelto palenque en que se agitan el espíritu de bandería y los intereses puramente personales.»

Estos juicios eran escritos antes de la muerte del hombre ilustre.

Ante su tumba puede decirse que no ha quedado un sólo escritor venezolano, de los que tienen carta de ciudadanía en el mundo de las letras, que no haya tenido una palabra que decir, como si hubiesen comprendido todos ellos—así como algunos poetas,—que era un deber de justicia enaltecer la memoria de compatriota tan eminente, verdadera gloria de la patria común.

Con los artículos y poesías publicados en Venezuela á las cuarenta y ocho horas de fallecido el Sr. Guzman, podría hacerse un libro de mil páginas!

Uno de ellos exclama:

«¿Cuál ha sido la misión de este hombre extraordinario?

El aparece en la infancia política del país por los años de 1840, como el heraldo de una época nueva en que el pueblo venezolano ha de entrar en el pleno ejercicio de su soberanía, después de una tutela política de veinte años. Un pensamiento de tanta trascendencia como este, solo podía concebirlo quien era capaz de realizarlo.

¿Con qué elementos y recursos cuenta este génio audaz para tan magna empresa? El poder que pretende socavar y destruir es uno de los más colosales que ha visto la República; es la dictadura ejercida por uno de los héroes de la Independencia durante dos décadas: es la omnipotencia política elevada á dogma, que tiene por ancha base un largo consentimiento del país, y ha llegado á toda su robustez sostenida por una poderosa falange de hombres ilustrados, inteligentes y ricos, y está cimentada profundamente en las leyes.

Y es un solo individuo, sin más armas que su pluma, sin más ejércitos que sus ideas, quien aspira á derribar ese formidable alcázar!

Tal intento no podía ménos que aparecer descabellado á primera vista, y poco ménos que un delirio.

Y, sin embargo, el tribuno de 1840 ha realizado su brillante y patriótica concepción; el partido liberal de que fué fundador, existe; el pueblo se ha dado las instituciones que ha querido: ante la luz de las doctrinas republicanas y de sana política que sustentó y propagó el redactor de *El Venezolano*, toda autoridad disrecional desaparece y solo puede existir ya como un accidente pasajero en la vida de la República.

Y como una consecuencia de tan inmenso triunfo, vino el de los principios federales, y las glorias del Septenio y el Quinquenio que han elevado á Venezuela al mayor grado de prosperidad y grandeza, como si el cielo hubiera querido encomendar á Guzman Blanco el coronamiento de la obra iniciada por su padre en aquellas luchas del 46, que fueron el bautismo de las libertades públicas y la aurora de la presente regeneración política de la patria.

Para comprender toda la energía de la voluntad y el heroico civismo del tribuno ANTONIO LEOCADIO GUZMAN, en su misión providencial, hay que remontarse á los tiempos en que se atrevió á atacar los abusos y vicios de aquel inconcebible orden de cosas, en su no le propósito de crear la razón pública.

Era la época de la esclavitud y la pena de muerte por delitos políticos, y entre éstos figuraba el de conspirar, en todo el sentido vago que quisieran darle los encargados de aplicar la ley.

La libertad de la prensa habia que fundarla arrojando el peligro de ser tenido por un rebelde ó faccioso, y mal podía sufrir con magnanimidad la censura un poder omnimodo y suspicaz que iba en camino de perpetuarse, y cifraba su fuerza y prestigio en la no discusión y el misterio de sus actos.

Guzman acomete la lucha con el terrible coloso, y es de ver y admirar en las páginas de *El Venezolano* el pulso, la habilidad y el talento con que dirige sus ataques.

No es un innovador que se contenta sólo con destruir lo pasado; sino un apóstol político que ilustra, edifica y enseña. Su palabra generalmente es suave y persuasiva; pocas veces trueno indignado; pero va siempre á su objeto por insinuaciones luminosas, por enseñanzas útiles; lo acerbo de la censura va templado con el respeto social y el carácter abstracto de las doctrinas que defiende. No es ni acre, ni vengativo: ocasiones hay en que se chancea con sus adversarios y otras en que por medio de la moderación y el buen tono les atrae al terreno de una discusión decorosa, y hasta

ameniza sus razonamientos y réplicas con anécdotas y pícaras alusiones.

Sabia mucho para aquel tiempo, y es imposible dejar de reconocer la superioridad de sus fuerzas y conocimientos al leer hoy esa diversidad de artículos sobre casi todos los ramos de la administración pública en que aparecen dilucidadas cuestiones muy graves con una maestría y lucidez intelectual que asombra.

Bien es verdad que el joven que mereció ser distinguido por Bolívar, y a los veinticuatro años de edad produjo la *Ojeada al proyecto de Constitución* presentado por el libertador a la República de Bolivia, debió haberle dado a conocer al mejor de sus adversarios políticos de Venezuela, si no hubiesen sido tan ciegos como irreflexivos. Aquel documento bastaba para descubrir detrás del escritor a un hombre de Estado.

Mucho nos desviaríamos de nuestro objeto si fuéramos a presentar, siquiera fuese de relieve, los grandes y múltiples méritos con que adornó su personalidad el ilustre prócer señor GUZMAN, cuando estas líneas no pueden ni deben traspasar los límites de una triste y profunda condolencia dirigida a los deudos del ilustre muerto, muy especialmente a nuestro ausente amigo el general Guzman Blanco, y a la República que tanto apreció los servicios del consumado estadista cuya muerte deploramos.

¿A qué copiar más?

Con lo que se acaba de leer basta para tener una idea de la inmensa personalidad del señor Guzman, a la que sus compatriotas acaban de tributar sentido homenaje, y sobre cuya tumba la América entera tendrá flores que arrojar, en testimonio del aprecio que a todos sus hijos le merecían, los inmensos servicios por él prestados a la causa de la Independencia y de la libertad.

Amigo personal é íntimo de este gran hombre, al que debo infinitos testimonios de aprecio, y del que no há mucho recibí, quizás, las últimas cartas que pudo escribir antes de caer — cartas llenas de lozanía y frescura, á pesar de sus ochenta y dos años, y en las que se respira siempre su amor entrañable á España—yo también me asocio,—con la inteligencia y el corazón, á este gran duelo de mi patria, la América, y al dejar caer una lágrima amistosa sobre su tumba, envié á su noble hijo, el eminente Guzman Blanco, el testimonio afectuoso del amigo, que con él comparte el inmenso dolor que hoy enluta su corazón.

HÉCTOR F. VARELA.

UN AÑO MENOS

I

No olvidaré mientras viva las alegres é irremplazables Noche-Buenas de la infancia.

Desde primeros de Diciembre, alojábase el almanaque en mi cartapacio de badana en compañía de los libros de estudio, y más de una vez acontecióme, que al entregar la Gramática al maestro para darle la lección como un papagayo, dile el malhadado calendario, acusador de mi impaciencia por las vacaciones, cambio purgado por lo regular con un plantón de rotillas durante dos horas. Todo mi gozo en los ratos de ocio, consistía en hojear el almanaque para luego decirle á mi padre al sentarnos á la mesa: Hoy es'tamos á tantos y el tambor no viene...—El veintiuno... contestaba impasible mi buen padre; y comenzaban mis rabietas y furros, y las amenazas de no comer y de no estudiar y qué sé yo cuántas atrocidades más. El maldito libro marcaba el tiempo tan despacio. ¡Oh, poder de la edad, cómo en nuestros primeros años derrochamos los sentimientos del alma en las cosas más pequeñas y cómo en la fuerza de la vida los economizamos para las más grandes!

Amanecía, por fin, el deseado veintiuno. Anticipadamente habíase ya tramado entre los estudiantes formidable conspiración para declararnos en huelga, que en esto de motines somos los españoles maestros desde pequeños. El día del golpe tableros y encerados se emborronaban con letreros de «punto», y aquí de la poesía popular, y de la inspiración de más de cuatro colegiales, vates en estado de canuto, y de la consabida copla: «Punto pedimos, señor director...» Gracia que nos era concedida, porque nadie como él deseaba que nos quitásemos de en medio cuanto antes. Las orlas estaban hechas, la mesa—revuelta concuida, bien es cierto que con algunas faltas mal disimuladas por la grasilla; nos colocaban en un ojal de la chaqueta la medalla, testigo de una aplicación bajo palabra, y á casita, muy ufanos los presuntos generalísimos del ejército; porque, así como ahora todos los chicos estudian para diputados, entonces soñábamos con ser militares.

¡Qué cavilaciones despues...! Madre, que no se te olvide el pavo del maestro, ni la anguila de su señora.

Padre, el capón del pasante. El tambor, el nacimiento... No hemos ido á la Plaza Mayor. ¿Cuándo vamos á Santa Cruz? Por fin, el tambor venía, amarillo, con sus aros azules, que daba goz verlo, y un gran escudo pintado en la caja. ¡Qué tarde la en que, provista la fregona de enorme cesta, comprábamos figuras vestidas al uso de nuestros días, *peccata minuta*, pues que la tradición autoriza que los habitantes de las cercanías de Betlehem puedan usar trajes manchegos. El peñasco había de estar copiosamente nevado, y era imposible que careciese de río de cristal y de molino harinero, y de casas con portadas en las que se leyera «vinos» escrito en castellano, lo cual demuestra la ilustración de los naturales de Judea y lo vulgarizado que en época tan remota se hallaba el idioma de Cervantes. La ciudad de los reyes había de contar por supuesto con su bandera española, asegurando yo muy orondo que tal población fuera antigua colonia fundada por los iberos. ¡Cómo demostraba yo mis conocimientos geográficos al tratar de colocar la estrella que guiara á los reyes, resultando al cabo que no sabía cuál era el Oriente del nacimiento!

Pero estas diversiones no alcanzaban el tamaño de un grano de anís. ¡Qué días aquellos tan felices, sobre todo para mis apacibles vecinos ensordecidos hasta año nuevo por terremoto continuo, gracias á los buenos puños de mis amigotes más íntimos, que conmigo formaban escogida banda de tambores! ¡Vaya un modo de redoblar y vaya unos palillazos en el parche! Era de ver cómo tocábamos llamada y tropa, fagina y asamblea; y era de ver con qué entusiasmos marcábamos el paso á la bayoneta, al atacar en simulacro de combate, inexpugnables barricadas de sillas erizadas sobre la mesa, únicamente defendidas por el soñoliento gato que allá en la cúspide dormía, y al que poníamos asustado en vergonzosa fuga. ¡Oh, qué grandioso momento...! El que empuñaba la bandera de percalina ondeándola al viento, dos ó tres de nosotros por el suelo, heridos de mentirigillas y á las veces muy de veras con sentos chichones, la mesa desvencijándose, las sillas revueltas y maltrechas y sin faltar un momento, bronco, pavoroso, prolongado como el eco de la tempestad, lúgubre como el toque de muerte de la vieja guardia francesa en Waterloo, el ruido de los tambores golpeados por valientes enardecidos por la batalla y ébrios por la victoria obtenida en el comeloro de la casa paterna.

¡Oh, santa infancia; dichosa edad en que vislumbramos la existencia á través de un prisma de colores, tiempo deleitable en el que se nos aparece el mundo como á los ciegos de nacimiento, que viendo el espacio con los ojos del alma, se les antoja superior á lo que es, y bien sabe Dios que es hermoso! ¡Dulces albores de la vida que tenéis la poesía del alba, la poesía del capullo, la poesía de todo lo que comienza, bendito sea vuestro recuerdo que es á nuestras amarguras actuales lo que el tibio rayo de sol á las ruinas habitadas por el anacoreta!

II

Es la Noche-Buena.

Fiesta universal en el orbe cristiano, noche la más grande de todas, aniversario el más solemne, que recuerda el humilde nacimiento del que con las armas de la bondad y la mansuetudine dignificó al hombre y dió su sangre por redimirle. Hace ya siglos, en un pobre y desvencijado portal, entre dos animates símbolos del trabajo, en una noche serena y despejada en la que debieron brillar los astros como nunca, en que la Naturaleza pareciera más bella y majestuosa que nunca, veía la luz primera el Niño Jesús rodeado de sus padres. Estrella resplandeciente anunciaba tan fausto suceso. Ella marcaba la ruta á los Reyes poderosos que desde magníficos alcázares venían á depositar su ofrenda á un pobre establo. La humanidad debió estremecerse: ¿qué ocurre? dirían las gentes. Y voces celestiales contestarían á los hombres asombrados: ¡Hosanna, hosanna! ¡El Hijo de Dios ha nacido!

En grandes poblaciones como en miserias aldeas, en soberbios palacios como en pobres cabañas, se halla reunida la familia en la mesa comun. Presídela el abuelo, jubiloso porque aún puede contar esta Noche-Buena entre sus años de vida; rodéanle sus hijos, jóvenes ramas del viejo tronco, dichosos porque ven al anciano á quien deben el ser; alegrando la reunion con su presencia no faltan los nietezuelos, ángeles sonrosados que van perdiendo poco á poco sus alas. La prosperidad reina en la casa, el trabajo y la honradez han dado sus frutos, la conciencia está tranquila, y todos aquellos seres, confundiendo sus almas, gozan en una sola efusión de felicidad. ¡Hermosa calma la del santo hogar de la familia!

Es media noche. A la misa del gallo. La cena se ha consumado, ó, por mejor decir, se ha consumido, y el que no tuvo besugo no le faltaron legumbres y sopa de almendra, y el que no disfrutó del Champagne gozó del tintillo de Valdepeñas, y el que no turrón de casa de Prats lo que por tal nombre se expende en la Plaza Mayor. Todos han cenado: más gordo ó más flaco, cebado ó sin cebar, á casi ninguno le faltó el pavo (porque si es vigilia, nadie en esta noche carece de bula extraordinaria), y, ya repleto el estómago, al templo á em-

belesarse oyendo los populares villancicos y la armoniosa voz del órgano, que lanza raudales de armonía por sus sonoras bocas de acero.

En tal noche la tolerancia es mayor que nunca. Como la cristianidad debe alegrarse del nacimiento del Redentor, lo cumple al pié de la letra, y los cristianos se alegran cuanto pueden, exparciéndose por esas calles y metiendo más ruido con panderos y zambombas que el que causa un terremoto ó una crisis política, que viene á ser lo mismo. Así es el epilogo de la función cuyo prólogo se desarrolló por la tarde en aquella plaza célebre, donde andan revueltos toda clase de comestibles, pregonados por miles de voces diferentes, y donde se venden desde *jjámala jjámala*... almendra que ya gustaba en el paraíso de los creyentes Mahoma, y pavos, cabeza abajo, congestionados por la postura, hasta turrónes, que semejan por el color á almendra, y por lo tiesos y duros, peñascos de corcho, y accidentados y abruptos nacimientos hechos con turrón de guirlache del propio Boyuyo y azúcar—pedra refinada en funciones de nieve; atroz mare-magnum que trae á la memoria los infiernos descritos por el Dante.

Todos son felices. El señor on rumboso que gasta coche y el empleado modesto que cobra, generosamente adelantada, la paga eterna de Enero; la esposa recién casada que ostenta orgullosa á su marido, recordándole la Noche-Buena última en que era sólo novio oficial, y el esposo que, aún en el limbo, digo, en la luna de miel, quiere comprar á su cara mitad la Plaza Mayor entera; el pobre mortal que, rodeado de sus pequeños, de su señora, de su suegra y de sus cuñadas, no sabe atender á las peticiones que todas le hacen á la vez, y el cesante que, habiéndole caído una aproximación á la lotería, quiere comprar cuanto ve, y no compra nada.

¡Ah, sí! Todos son felices. ¿Todos? Mirad esos niños desarrapados y súcios que os piden limosna: van solitos, acaso no tienen padras, y sabe Dios, si cenarán, ¿dónde cenarán en tal noche!

III

La lotería y el aguinaldo: hé aquí los dos puntos salientes de las fiestas de Navidad que más la caracterizan.

Desde mediados de Diciembre comienzan las gentes á soñar con el gordo y á soñar en la sucursal que tiene más fama de afortunada en el juego. En las oficinas, en los cafés, en las casas, en todas partes se empieza á formar un fondo comun para comprar un décimo ó un billete, según los posibles, comprometiendo á cuantos amigos pasan á tiro de invitación de los jugadores. Y hay aquello de transformarse el dependiente de ultramarinos de la esquina en secretario, letrado y amanuense redactor de recibitos en esta ó parecida forma, en papel rayado y con su manchón de aceite á guisa de sello:

Sociedad para jugar á la lotería.—D. Robustiano de Tal, lleba hen la lotería de Nabidaz hocho riales de belón al 3000 peláo.—El fondista de los fondos—Narciso Abichuela.

¡Qué escenas tan semejantes, á pesar de la variedad de actores! El empleado de cuatro mil con descuento, á quien dice su novia:—Es preciso que juegues; ya sabes el genio de mamá cuando la contrarian.—Y el infeliz se ve obligado á afajar el último peso ante el riesgo de afrontar las iras del animal sañudo del Nilo, en figura de mamá política. La jamona gobierna casas con infulas de dictadora, que suelta á su marido con voz de mando una alocución por el estilo:—Mira, Benigno; este año compraremos el décimo en la lotería de don Normando, ya sabes... ese amigo tan antiguo; tiene buena mano, y me parece que yendo á tomar el número á su casa nos ha de tocar algo gordo. — La viuda en la reserva, que, confiando en volver al servicio activo, sólo desea, modesta en aspiraciones, obtener el reintegro; la pollita casquivana, contenta porque juega, como siempre, con su pretendiente; la señora marisabidilla que juzga locos á sus consocios de juego, porque éstos dicen que el premio grande debiera ser un villon. Y así todos.

Llega el momento, y en pocos minutos se agotan los ejemplares de la lista grande. Y aquí de los comentarios y de las dudas, y de si el nueve es nueve ó un seis al revés, y si tendrá razon la lista callejera ó la de *La Correspondencia*. Y suele suceder que cae el premio gordo á quien maldito si le hace falta, y entonces hay que oír á los que nada cupo en suerte, vociferar y chillar contra lo inmorral de tal juego y los perjuicios que ocasiona *et sit de caeteris*.

Un clavo saca otro clavo, y á la lotería sigue el aguinaldo. Amanecen las Pascuas, y la campanilla adquiere el movimiento continuo, y allá van peticiones en prosa y verso que es una bendición. El barrendero, el cartero, el de la ronda, el corredor de amas de cría, el sereno, ¡el nublado! en una palabra, que para maldito de Dios os sirven, por lo general, en el resto del año. Eso sin contar con el ahijado, y los sobrinos, y los hermanos pequeños, y qué sé yo cuántos queridos chupópteros más. El repartidor de «La Renovación sanguíneo-social» y de «Los secretos de las flores», os asalta con endechas de algún vate pardo ú oscuro, que se mete á decir para pedirnos dos reales que la luna es casta, sin conocerla más que de vista. Va uno á la peluquería: la

bandejita. Al teatro: le felicitan á usted los acomodadores las Páscuas con amabilidad inusitada.

¡Oh, clásicos aguinaldos! A vosotros cuadra el aforismo de un filósofo muy desconocido, aplicado á los forasteros: «Bien venidos sean los huéspedes por el gusto que nos dán... cuando se ván.»

IV

El año acaba. Está el pobrecito espirando y sólo le quedan algunos días de vida; pero la humanidad es tan cruel que, anticipando el proverbio «A muertos y á idos no hay amigos,» apenas si ya se acuerda del moribundo. Y no se tome por calumnia. Los estudiantes morosos y desaplicados, que brillan por su ausencia en las aulas en los primeros meses del curso, se prometen á sí mismos asistir á clase y estudiar desde año nuevo; las madres económicas con hijas casaderas en imperativo, aunque éstas se hielan de frío no las compran abrigos nuevos hasta Enero, porque entonces comienzan los días de sol y, por ende, de paseo. Las Empresas teatrales, que á las fiestas de fin de año debieron su plétora de prosperidad, anuncian en grandes prospectos pomposos y fascinadores atractivos para el próximo, haciendo así menosprecio del año que se va y como dando á entender que estaban deseando que se fuera. Los matrimonios en futuro deponente proyectan sus bodas para primeros de año entrante con objeto de dejar pasar la bulla y algarafa de las posimerías del saliente. ¡Qué más! ¿No hay un refrán que dice: «Año nuevo, vida nueva?» Pues esto glosa lo á la letra quiere significar: «Este año endemoniado que muere ha pervertido nuestras costumbres; es preciso adoptar otras más sanas al nacer su sucesor.»

¡Pobre año viejo! Por eso procura que estos días nos parezcan relámpagos para que le dejemos morir en paz, al ménos, ya que tantas culpas hemos echado sobre él en tanto ha vivido, y ahora que va á morir le dejamos en el olvido más profundo. Él espera al tierno infante que ha de sucederle, el cual, con los ojos resplandecientes de júbilo, con la sonrisa de la inocencia en los lábios, asombrado ante la sublime grandeza de la creación, ante la limpidez del horizonte que sobre su cabeza se extiende, ante la espléndida luz que ilumina los albores de su existencia. Hora enternecido juzgando que el mundo que en tal decoración se encierra ha de ser un paraíso. No ve en su extravío que el año viejo, achacoso, pero alegre porque le deja el puesto, le sonríe con cierta tristura, como diciéndole: «Si, si, alégrate, que ya llegarás al cabo de la calle. Yo también, como tú, traía en las alforjas buen surtido de ilusiones; pero, hijo mío, los hombres no me han dejado ninguna. Goza, goza de tus primeras impresiones, que pronto los mortales en cuanto empiecen á cansarse de tí te harán desear la muerte como yo la deseo. Buena está ahora la humanidad para contemplaciones.»

Y el pobre año viejo deja su sitio al nuevo; pero en honor suyo hemos de decir que lo deja llorando, porque, aunque ingrata con él, ama á la humanidad y el cariño se nutre de abnegación.

¡Muere! ¡Descansa en paz! ¡Un año ménos! ¡Otro paso más hácia la tumba y uno ménos en la senda de la vida, que ella será muy mala, pero á todos nos cuesta gran pena dejarla.

A. PEREZ GOMEZ NIEVA.

EL MOVIMIENTO RELIGIOSO

EN EUROPA Y AMÉRICA

CAPÍTULO QUINTO (1)

Los prosélitos de la Iglesia libre en Alemania.—Resoluciones del Sínodo de la provincia de Cantorbery.—Los puristas del dogma cristiano.—Alemania y Roma no logran entenderse.

I

El movimiento anti-papista no se debilita, como han esperado inocentemente nuestros neo-católicos y los ultramontanos de todas las naciones; antes bien, se apresura y fortalece en todas partes. En Katosith, Prusia, combate con gran éxito al neo-catolicismo el valeroso y sábio abate Mr. Kamiuski, que posee una iglesia donde oficia y administra los sacramentos á los cristianos. Este noble campeón de la Iglesia libre, adquiere gran proselitismo, y organiza comunidades por diversas provincias.

El sábio prelado Loos también agita el movimiento reformista con grandes resultados. En la actualidad recorre los pueblos más numerosos de su diócesis, y todas las ciudades por donde atraviesa el célebre y virtuoso arzobispo de Utrecht, se empavesan como en los días de las fiestas más extraordinarias. El éxito que

(1) Por un error material de caja se puso al capítulo anterior el VI, en vez del IV que le correspondía.

alcanza el jefe provisional de los anti-infalibilistas da al movimiento separatista una consagración definitiva. Unase á esto un detalle que sin reserva nos comunica la prensa extranjera, contándonos que la excisión entre armenios católicos y Roma es un hecho consumado, y nuestros lectores comprenderán toda la fuerza del movimiento religioso y el aislamiento que rodea ya al Papado.

El papista monseñor Hassoun ha recibido orden del gobierno turco para que salga de Constantinopla, á fin de que su presencia no sirva de pretexto á nuevas agitaciones. Mr. Cupelian, el nuevo Patriarca católico, ha sido reconocido y condecorado con las insignias de la orden de Medgidíé.

Esto nos demuestra que también á Turquía han llegado los viejos católicos con sus ideas separatistas, y que en el Norte como en el Mediodía, en América como en Europa, en África como en Asia, la Iglesia Romana decae en su prestigio y pierde en su influencia, para quedar muy pronto reducida á un puñado de prelados y canónigos, que no tendrán ni aún catedrales donde officiar. Ya sucedería esto si los Estados no les dispensasen una protección oficial bien irritante y, por tanto, injusta y contraria á los intereses públicos.

Ejemplo de esta verdad nos ofrece el clero romano de Alemania. El gobierno protege allí á los separatistas, y con pocos esfuerzos que éstos hagan triunfarán por completo.

Hoy Doellinger, no sólo conserva la confianza íntima del rey Guillermo, sino que cuenta también con las simpatías de los hombres de las ciencias y de las artes alemanas.

Mas sucede con el cisma actual lo que con toda reforma religiosa, que apenas iniciada escápase de las manos del iniciador para dividirse en multitud de sectas y tomar por otros tantos caminos, que siempre, roto un lazo de la comunión religiosa, es fácil romperlos todos, y siempre procede con más lógica el que va más lejos.

El cisma bávaro, en el cual empiezan á comprometerse otros Estados de Alemania, comenzó por la oposición simplemente de algunos sacerdotes, al dogma de la infalibilidad. Tras este se ha puesto sobre el tapete la cuestión del casamiento religioso, muy luego la reelección de los prelados y, por último, la abolición del culto externo.

Suiza primero, Francia, Italia y España despues, no han visto con indiferencia el movimiento religioso que se operaba en Alemania. A las declaraciones de los obispos de estos pueblos, unos mostrándose indiferentes ante las deliberaciones del último Concilio ecuménico, y otros anatematizando el dogma de la infalibilidad, ha seguido el clero tomando parte en la lucha, para provocar á los intolerantes católicos.

II

Siguiendo el espíritu reformista de los católicos que quieren volver por el purismo dogmático de las doctrinas evangélicas, tenemos que hacernos aquí cargo de las siguientes resoluciones del Sínodo de la provincia de Cantorbery, que han sido remitidas á la antigua iglesia de Holanda, á los Patriarcas de las iglesias orientales y al comité de los antiguos católicos de Munich, en la esperanza de que estas ramas de la Iglesia católica, que creen siempre la *fé concedida en otros tiempos á los santos*, rechacen los nuevos dogmas. En dichas resoluciones aparece una base común para la unión católica, y que el lector puede ver á continuación:

«1.º El Concilio del Vaticano no merece el nombre de Concilio ecuménico ó general, y sus decretos no tienen ningun título para ser considerados como cánones de un Concilio general.

2.º El dogma de la infalibilidad del Papa, enseñado por este Concilio, es opuesto á las Santas Escrituras y al juicio de la Iglesia universal.

3.º La usurpación de la supremacía por el obispo de Roma, al convocar el Concilio del Vaticano, es contraria á los cánones de la Iglesia universal.

4.º No hay más que una verdadera Iglesia católica y apostólica fundada por Nuestro Señor Jesucristo; la iglesia anglicana y las iglesias en comunión con ella son miembros videntes de esta verdadera Iglesia, católica y apostólica, y la iglesia anglicana desea mantener con firmeza la *fé católica* como enseñada por los Concilios ecuménicos de la Iglesia universal; y desea unirse, sobre las bases de estos principios de doctrina y de disciplina, en caridad fraternal con todas las iglesias de la cristiandad.»

Bastan esas cuatro bases para comprender bien claramente que Holanda, que tantos y tan grandes sacrificios ha hecho por la libertad religiosa, se prepara á fundar una iglesia cristiana universal de verdaderos católicos. ¡Honor á este baluarte de la libertad de conciencia! ¡Honor también á Alemania, donde sus grandes doctores, protegidos por Bismark, desafían sin cesar los rayos del Vaticano, y por su ruptura gloriosa con Roma preparan las vías á la renovación religiosa que se ha consumado en la libre Bélgica!

Pero lo satisfactorio para nosotros es que todos los pueblos cultos siguen este movimiento reformista. Suiza, Francia, Portugal, Inglaterra, Italia y hasta en América secundan á los viejos católicos reformistas, siendo muy de notar que en Colonia todos los estudiantes de teología se disponen á ir á Amersfoort, cerca de Utrecht, para prepararse en la soledad de un seminario perteneciente al clero antiguo católico, á fin de recibir las órdenes sagradas y exparcirse despues por los pueblos predicando la pureza del dogma.

Comó hemos indicado ya en los capítulos anteriores, todo este movimiento religioso se opera más rápidamente en Alemania, de donde ha salido la predicación anti-infalibilista. Hoy, agrupados los viejos católicos alemanes para poder resistir así mejor la influencia siempre perniciosa del clero romano, han provocado varias asambleas públicas, deliberando sobre lo que toca hacer á los separatistas de Roma.

En una de estas asambleas, la efectuada en Viena el día 5 de Agosto de 1871, si fijaron las siguientes bases en que más principalmente se ha de fundar la reforma religiosa:

«1.º El municipio debe recobrar el derecho que ha tenido desde el origen del cristianismo de nombrar á sus curas y demás directores espirituales, poniéndose así al nivel de los israelitas y de los protestantes, que desde hace mucho tiempo gozan de este beneficio.

«2.º Los eclesiásticos deben tener sueldos fijos, y suficientes á su subsistencia para poder vivir de un modo conveniente.

«3.º El celibato de los curas ha de ser abolido: todo cura católico debe tener el derecho de casarse, como sucedía en los primeros tiempos del catolicismo.

«4.º Se suprimirán los capítulos de los canónigos.

«5.º La misa se dirá en idioma vulgar, es decir, en alemán. Lo mismo sucederá con los cursos de teología en los seminarios.

«6.º Todas las misas, bendiciones de matrimonio y ceremonias funerarias serán gratuitas. Todo pié de altar á favor de los curas se suprimirá, reemplazándose con un aumento de sueldo.

«7.º La Iglesia debe desechar la pompa y la vanidad en los entierros; un solo cura se encargará de las funciones eclesiásticas en los entierros de los ricos y de los pobres.

«8.º La confesión auricular será abolida.

«9.º Las romerías, que distraen del trabajo á los pueblos de las montañas, quedan suprimidas, y con ellas las procesiones.

«10.º El culto de las imágenes debe cesar en absoluto.

«11.º El culto de las reliquias será prohibido por el Estado y abolido por completo.»

Cuarenta y siete días despues de presentarse las anteriores bases volvian á reunirse los católicos viejos de Alemania, Austria y Suiza, en Munich, para tratar definitivamente de aprobarlas ó desecharlas. Y el día 24 de Setiembre la Asamblea se disolvía, habiendo tomado el acuerdo de trabajar por todos los medios que sean lícitos hasta establecer la nueva

Iglesia. Con este motivo, entre los prelados alemanes y sus feligreses están ocurriendo diariamente escenas lamentables.

El arzobispo de Munich, al decir de la *Gaceta de Ausburgo*, ha hecho cerrar las puertas de una iglesia. El abate Federich, excomulgado á causa de su oposicion al dogma de la infalibilidad, ha celebrado un matrimonio católico. Siendo la iglesia propiedad del municipio, la autoridad municipal hizo abrir las puertas del templo, y dió orden al sacristan, que es un empleado del ayuntamiento, para que, como de ordinario, llenase sus funciones. El consejo municipal está dispuesto á hacer frente á las usurpaciones del prelado. La dignidad de este consejo municipal, no la ha tenido nunca en España ningun Consejo de Ministros.

La prensa de Baviera cuenta que el arzobispo piensa excomulgar á todo el consejo municipal en masa, esperando por este medio volver á adquirir su pérdida autoridad.

¡Tiempo perdido!

III

Mientras el clero sigue por su camino de siempre, los reformistas alemanes van acabando su obra, y á la propaganda de sus reformas se debe el deseo que siente ya de restablecer á la Iglesia en su primitivo estado de fuerza, para que pueda tomar de nuevo y llenar en el porvenir, como lo hizo en el pasado, su mision moralizadora y religiosa en provecho de la sociedad y del individuo. Se debe resolver ese gran problema; es de todo punto preciso ante todo, unir y organizar las fuerzas con que cuentan los reformistas, para presentarse ante el mundo buscando prosélitos.

A este fin, los alemanes provocarán otra reunion en Junio próximo para reunir un Congreso general, donde habrá sesiones públicas y privadas.

En las sesiones privadas, á las cuales podrán asistir con derecho á votar los miembros del comité de accion de Munich, los delegados de todos los centros de *católicos viejos*, y las personas que estén provistas de una invitacion especial, se fijará el programa y se organizará el movimiento reformista.

En las sesiones públicas se darán conferencias, exponiendo el espíritu de la asociacion y sus tendencias.

Para poder concurrir á ellas se repartirán billetes de entrada, que presentarán los interesados.

Todos estos trabajos parten de lo iniciado el día 5 de Agosto en Viena, cuando se presentaron las bases pidiendo la reforma.

No puede decirse que tales bases rechacen ninguno de los antiguos dogmas de la Iglesia, ni que rompa con la fé tradicional del catolicismo; pero, en cambio, cuantas reformas señalan, cuantos preceptos estatuyen, son otras tantas transacciones disciplinarias con los tiempos, que podian muy bien haber partido del Vaticano, evitando así la ruptura, las excisiones y el anacronismo de Roma frente á las exigencias de la moderna civilizacion.

Pero el Pontificado no puede, por lo visto, renegar de su divorcio con los tiempos, y ha de hacerse cada día más difícil rectificar sus errores de conducta y sus aberraciones obligadas. ¿Ni cómo ha de venir á este acuerdo cuando por su infalibilidad oficial hay que reconocerlo como árbitro de toda manifestacion religiosa? Si él decide del cielo y de la tierra, y es el oráculo de la fé y el maestro inabordable de la teología, ¿cómo ha de ponerse en contradiccion con las decisiones canónicas del Concilio que ha colocado en sus manos el cetro de la divinidad?

Por de pronto, todos los poderes civiles se han alarmado de esa exuberancia de autoridad, que no puede dejar de producirle una apoplejía de absolutismo, y ningun síntoma más característico de muerte para las instituciones que el que se anuncia al venir su deificacion y la soberbia de su apoteosis.

Cuando los emperadores romanos comenzaron á buscar sus abuelos en los dioses, revelaron al mundo su gran debilidad, y ni los tronos de oro ni las fastuosidades externas pu-

dieron evitar su decadencia y su desaparicion final.

Tambien el Papado consiente hoy que lo paganicen y le construyan un sòlio de oro, y le conviertan en la última aberracion de la idolatría. Y, sin embargo, por bajo de todo esto, los pueblos huyen de esos olimpos insensatos y les vuelven la espalda, y los creyentes mismos y los católicos se escandalizan de la profanacion, y castigan con su alejamiento el sacrilegio.

Las disposiciones tomadas por los gobiernos alemanes y sus declaraciones oficiales, contrarias al espíritu y á las tendencias de la declaracion dogmática del último Concilio euménico, son una muestra inapelable de la imposibilidad en que se hallan de germinar ideales que pertenecen á otros tiempos y á otra disposicion de las conciencias, refractarias evidentemente á su estado actual y á todas sus necesidades presentes.

Para que el Papado pudiera con algun éxito haber dogmatizado la obligada creencia recientemente promulgada, necesitaba haber podido retrotraer la historia, borrando cuatro siglos de acontecimientos y de vicisitudes, y esto es absurdo hasta para pensado.

Podrán los adeptos, en fuerza de abstracciones, confeccionar una historia á su modo y hacer una crónica á gusto de sus preocupaciones é intereses; pero no es lo mismo idealizar los acontecimientos que anular su eficacia real y sus consecuencias permanentes. Mientras esto no consigán, lo cual es de todo punto imposible, batallarán en el vacío, y hablarán á los muertos, y contarán sus penas y sus desengaños á los que fueron; pero no podrán remover en un ápice la conviccion de los vivos, ni detener por un momento la marcha de los pueblos y de las sociedades al cumplimiento de sus superiores destinos.

Pero se nos ocurre preguntar al terminar estas consideraciones:

El movimiento reformista iniciado en Viena y secundado por las asambleas de Munich y Heidelberg, ¿ha tenido eco en Europa? ¿Cómo han acogido los demás pueblos las bases de la primitiva Iglesia?

Punto es este que bien merece estudiarlo detenidamente para saber si el canónigo Döllinger no cuenta más que con Alemania para fundar su nueva Iglesia, y nosotros nos detendremos aquí escribiendo algunas líneas más á fin de ilustrar la opinion lo suficiente á conocer el verdadero espíritu que domina á otras naciones, en esto de la reforma religiosa.

IV

Por de pronto, Döllinger domina al gobierno alemán y cuenta con el cerebro del país para oponer toda su autoridad y la de un pueblo tan culto como el alemán á las pretensiones del Pontífice; y como Pío IX sabe esto intenta hacer de una manera indirecta concesiones á Alemania, para preparar amistades rotas de tiempo antiguo. Por esto mismo de cuando en cuando se reproduce la rancia cuestion de un *modus vivendi* entre la Alemania y el Vaticano.

El *Memorial Diplomatique* dice que en estas negociaciones pendientes con Berlin, la Santa Sede ha formulado las siguientes condiciones para llegar á un arreglo:

«1.ª El Estado, los Ayuntamientos y los patronos no podrán conferir funciones eclesiásticas sin el concurso de la Iglesia.

«2.ª Este concurso será igualmente necesario para privar de un cargo á un eclesiástico.

«3.ª Los eclesiásticos no pueden prometer obediencia ciega á todas las leyes del Estado, puesto que las de Mayo se refieren, no sólo á materias de orden civil, sino también á cosas contrarias al dogma católico. Por otra parte, el Estado tiene derecho á negarse á toda reserva que un eclesiástico quisiera añadir á su juramento constitucional.

«4.ª La jurisdiccion eclesiástica no puede emanar del Estado: emana del Papa.

«5.ª El Estado no puede poner trabas á la libre existencia de las congregaciones y de las Ordenes religiosas, á menos que no estén en contradiccion con las leyes generales que rigen el derecho de asociacion y reunion.

«6.ª El Estado no tiene el derecho de decidir quién es miembro de la Iglesia católica, como lo ha hecho respecto á los viejo-católicos, que el Estado considera católicos romanos, á pesar de que la Iglesia les niega esa cualidad.»

Estas condiciones son absurdas para el gobierno de Berlin, y saltan á la vista del más miope que ni Prusia ni Alemania reanudarán amistades con Roma. Pero decíase ahora que despues de mucho pedir y poco conceder por una parte y otra, se habia dado un paso adelante. El Vaticano habia pedido varias veces que se le pusiera en estado de proveer de un modo ú otro las diócesis y parroquias vacantes, cuya situacion, poco más ó menos, es la siguiente:

Sobre once sedes episcopales tres solamente, las de Limburgo, Warms y Osnabruck, no están vacantes: están desterrados de sus diócesis los obispos de Breslavia, Colonia, Paderbon y Posen; están también vacantes por fallecimiento las diócesis de Kulm, Hildesheim, Munster y Treves.

En la diócesis de Kulm hay 34 parroquias sin titulares, los cuales ó han muerto ó se hallan desterrados ó procesados.

Además es imposible proveerlas regularmente, porque la diócesis está sin obispos, es decir, sin el principal titular de la gerarquía. De estas 34 parroquias, 20 solamente tienen un eclesiástico cualquiera que administra los Sacramentos; las otras 14 se hallan completamente abandonadas, las iglesias están cerradas, y 35.000 católicos se encuentran sin capellan.

En la diócesis de Breslavia sobre 134 parroquias, 107 están faltas de sacerdotes, 80 iglesias están cerradas por muerte, destierro ó causa de sus titulares. Los católicos de esta diócesis son cerca de 87.000. Cada una de las demás 30 parroquias no tienen más que un clérigo que funciona en calidad de vicario.

En la diócesis de Munster la situacion es casi la misma; 137.000 católicos se ven privados de sus párrocos y 70.000 ni siquiera tienen un cura.

En suma: en toda Prusia 800 parroquias no tienen titulares; de éstas, 500 se hallan completamente faltas de eclesiásticos, y 300 no tienen más que un cura que hace un poco de cada cosa. Estas 800 parroquias, representan, segun las últimas estadísticas, más de un millon de católicos.

Las monjas y los frailes fueron considerablemente reducidos, y los pocos que quedaban han recibido la orden de desalojar.

También las monjas deberán abandonar la Alemania en el curso del presente año, y las mismas hermanas de la caridad han sido sometidas á la vigilancia de la policia. Para trasladarse de un establecimiento á otro, necesitan un permiso; para aceptar novicias, deben pedir una autorizacion que la Santa Sede les prohíbe que pidan. Y por esto los hospitales están desprovistos de ellas, y en Breslavia las que aún quedaban fueron expulsadas de los hospitales y del país.

En una palabra; en toda la Prusia no se encuentra un fraile, y de 6.000 religiosos no quedan más que 46.

Es natural que ante tal estado de cosas el Vaticano, busque con la más viva solicitud, cómo satisfacer las necesidades religiosas antes de resolver las demás cuestiones de orden público.

Pero Bismark no es tonto. Está dispuesto á entablar y á concluir las negociaciones de orden más ó menos político, para que no tenga que darse un paso atrás. Ahora que ha limpiado la Alemania de ultramontanos se siente con las manos más libres para emprender las negociaciones. El gran canciller se halla también dispuesto á dejar las puertas abiertas á los desterrados, con tal de que pasen bajo las horcas caudinas de las leyes civiles, diametralmente opuestas á los intereses del Vaticano. De ahí resulta que, á pesar de las previsiones de estos halagüeños días, todo hace creer que no se llegará á conclusion alguna.

Las últimas disposiciones del gran canciller alemán, van encaminadas á estrechar el camino

de los prelados rebeldes, á fin de que se sometieran.

Ahora mismo, *La Union Católica* de Turin anuncia que el cardenal Ledochowski ha recibido la segunda intimacion para presentarse al tribunal de Posen y responder de algunos actos graves de su administracion.

Esta noticia es incompatible con la que ha circulado en la prensa alemana, referente á que el príncipe Bismark se disponia á dulcificar las leyes de Mayo en su aplicacion. Precisamente es en virtud de esas leyes por lo que se persigue al cardenal Ledochowski.

Por otra parte, monseñor Marvitz, obispo de Kulm; monseñor Sommerwerk, obispo de Waldeckheim, y monseñor Krentz, obispo de Varnica, únicos obispos prusianos que no han abandonado el territorio, han manifestado deseos de hacer presente su opinion á la Santa Sede acerca del *modus vivendi*. Probablemente se les llamará á Roma.

Esperemos hasta ver qué sale de este tira y afloja á que están jugando Austria y Prusia con Roma.

NICOLÁS DIAZ Y PEREZ.

La dualidad cerebral

Por largo tiempo se ha contentado la humanidad con la vaga noción de que el cerebro, en sus totalidad, es el órgano del pensamiento. Hasta Descartes no se intentó una localización más precisa.

La anatomía moderna nos enseña que el cerebro es un órgano doble, que está constituido de dos mitades iguales, de dos hemisferios simétricos ó poco menos. Los elementos esenciales de que está formado son también dos: la sustancia blanca y la sustancia gris, compuesta la primera de fibras ó tubos nerviosos, y la segunda de células, es decir, de masitas de variadas formas, redondas, ovaladas ó piramidales, que presentan prolongaciones que se unen con las de otras células ó que se continúan en las fibras nerviosas.

Recorren la superficie del cerebro multitud de surcos, que limitan las partes salientes, llamadas circunvoluciones. Parece á primera vista, que estas circunvoluciones están repartidas sin orden y que forman una red inextricable; pero en realidad, su distribución es constante, y se ha conseguido describirlas y darles nombres.

La capa superficial ó corteza del cerebro, está formada de sustancia gris; el centro de sustancia blanca, y en su interior aparecen los núcleos ganglionares de sustancia gris, llamados tálamos ópticos y cuerpo estriado. Une los dos hemisferios una masa de sustancia blanca, especialmente el cuerpo caloso, bajo la cual se encuentra la glándula pineal, asiento del alma, según Descartes.

Si consultamos ahora la fisiología, esta ciencia nos dice que la sustancia blanca es únicamente conductora; esto es, hace el papel de los alambres en el telégrafo, mientras la sustancia gris representa á la oficina de donde parten y á donde llegan los telegramas. La experimentación fisiológica y la observación clínica, prueban que la corteza cerebral es el punto de partida de los impulsos motores voluntarios y el delegado de las impresiones periféricas, que allí se transforman en sensaciones conscientes. Está también demostrado que, á causa del cruzamiento de las fibras, el hemisferio izquierdo rige los movimientos y la sensibilidad de la mitad derecha del cuerpo, y el hemisferio derecho los de la mitad izquierda.

Ahora bien: ¿cómo la conciencia, la ideación, la volición, la sensibilidad, todas estas operaciones psíquicas que son unas, simples, pueden realizarse por un órgano doble? ¿Toman parte ambos hemisferios en las operaciones psíquicas? ¿En qué proporción? Cuestiones son estas que la ciencia moderna plantea y que intenta resolver, aunque no lo consiga aún de un modo satisfactorio.

A juzgar por la semejanza anatómica de las dos mitades del cerebro, no puede concederse preeminencia á la una sobre la otra. Pero esta semejanza, que es real por lo que toca á la conformación general y á la distribución de los surcos fundamentales, no existe en los rasgos secundarios. Ogle ha hecho notar que el hemisferio izquierdo es más rico en circunvoluciones, y que su peso absoluto y su peso específico son superiores á los del hemisferio derecho. Luys ha comprobado estas observaciones. En un

total de 26 casos, encontró de 5 á 8 gramos más de peso en el hemisferio izquierdo, en hombres sanos.

De estos 26 casos, en 12 el lóbulo izquierdo pesaba más que el derecho; en 7 la ventaja estaba de parte del derecho, y en los 7 restantes pesaban iguales. Varios anatómicos han observado que el hemisferio izquierdo es con mucha frecuencia un poco más largo que su homólogo. Resulta, pues, de estas investigaciones, que la preeminencia corresponde en todo caso al hemisferio izquierdo.

Los trabajos hechos sobre la afasia en estos últimos años, proporcionan en pró de esta opinion un argumento de primer orden. De ellos resulta como definitivamente fijada la localización del lenguaje en la tercera circunvolución frontal izquierda. El hombre habla por medio del hemisferio izquierdo.

Esta localización unilateral es muy extraña, y ya Broca se había preguntado á qué debía el hemisferio izquierdo la preeminencia sobre el derecho. El atribuye á la circunstancia de ser derechos la mayor parte de los hombres. Si la extremidad superior derecha goza de una habilidad particular, débela al hemisferio izquierdo, porque, como antes hemos dicho, él es quien dirige los movimientos del lado derecho, quien los coordina, quien los conserva en la memoria. La habilidad de la mano es en realidad la habilidad del cerebro, y si somos diestros por la extremidad superior, somos zurdos por el cerebro. La aptitud especial de la parte izquierda del cerebro, para los movimientos, indicábala naturalmente para la complicadísima mecánica del lenguaje.

Muchas observaciones parecen demostrar que la parte correspondiente del hemisferio derecho es un órgano casi inútil, creado quizá por el fútil pretexto de la simetría. Duval, Stewart, Voisin, han publicado casos de individuos atacados de hemiplegia izquierda, y por consiguiente, con lesiones en el hemisferio derecho, que conservaron la palabra y la perdieron después por hemiplegia derecha. Pero si es lícito suponer que la tercera circunvolución frontal derecha no ejerce de ordinario función alguna, no se puede decir que sea incapaz de toda actividad. Parece ser un órgano supletorio, que entra en juego cuando la tercera circunvolución frontal izquierda se pone fuera de servicio. Se ha visto á varias personas atacadas de afasia, recobrar poco á poco la facultad de hablar, y la autopsia ha demostrado que no era debido esto á la reparación de la lesión, sino probablemente á haberse puesto en ejercicio la tercera circunvolución frontal derecha.

La facultad de hablar no se ejerce á la vez por ambos hemisferios. Corresponde en primer término al izquierdo. El hemisferio derecho está, por decirlo así, en disponibilidad, y reemplaza al titular en caso necesario.

Como la palabra toca tan de cerca á las facultades intelectuales, cabe preguntarse si éstas están también localizadas en la parte izquierda del cerebro, ¿Pensamos con un hemisferio solamente? No parece verosímil. Alimentan nuestra actividad intelectual las sensaciones que continuamente recibimos del exterior, y como estas sensaciones penetran por los dobles órganos de los sentidos á los dos hemisferios, es evidente que ambos cooperan en su elaboración. Por otra parte, los hechos ordinarios de la vida nos muestran, en la ejecución de los movimientos voluntarios, la acción simultánea, aunque independiente, de los dos hemisferios. Ningun ejemplo lo pone más en claro que el del pianista. Como Luys ha dicho, en el pianista en actividad, por virtud del hábito, la unidad mental llega á partirse en dos porciones independientes, que se manifiestan con separación en el lado izquierdo y en el lado derecho, que deliberan y obran aisladamente, como dos instrumentistas que tocan por separado su parte. Pero no debe perderse de vista, que si las operaciones de cada mitad del cerebro son especiales y distintas en este caso, concurren sin embargo hácia un mismo fin, hácia un resultado de antemano concebido y deseado. Proceden de una dirección común; la división de la unidad mental es más aparente que real.

Una vez supuesto que los dos hemisferios participan en las operaciones psíquicas que obran aisladamente, pero que, en virtud de un *consensus* preestablecido, estas acciones aisladas se funden y se armonizan, puede preguntarse qué pruebas suministra en pró de esta tesis el método anatómico clínico, tan fecundo para el estudio de la localización del órgano del lenguaje. Desgraciadamente la anatomía patológica de la locura, está aún en mantillas, si es lícito expresarse así. Las lesiones de la mayor parte de las afecciones mentales se escapan á los actuales medios de investi-

gación. Y mientras algunas perturbaciones profundas no se acompañan de ninguna alteración anatómica apreciable, observanse lesiones extensas de uno ú otro hemisferio que dejan completamente intactas las facultades intelectuales.

Así, por ejemplo, Andral refiere el caso de un hombre muerto, á los 27 años, que, á consecuencia de una caída que sufrió á los tres, quedó paralizado del lado izquierdo. En la autopsia se encontró el hemisferio derecho tan completamente atrofiado, que una gran parte de la piamadre del lado derecho formaba un quiste en el cual no quedaba ya huella alguna de materia cerebral, y sin embargo, Andral dice: «Este individuo había recibido educación y la había aprovechado; tenía buena memoria; su palabra era expedita y fácil; su inteligencia la del común de los hombres.»

¿Qué se puede deducir de esta observación? ¿Habrá quien afirme que el hemisferio derecho está desprovisto de toda función en la esfera psíquica, que es un órgano inútil? Seguramente que no. Cuando se ve desaparecer de una oficina un hombre que parecía desempeñar en ella un papel importante, sin que se turbe la marcha de los negocios, es muy natural suponer que se le ha nombrado un sucesor. Si el hemisferio derecho puede quedar fuera de servicio sin que sufran las funciones cerebrales, es menester admitir que se le ha buscado un suplente. No hay que olvidar que entre los dos hemisferios existen vías de comunicación numerosísimas, y que en la naturaleza son frecuentes estas sustituciones de órganos.

Para sostener la teoría contraria se invocan, sobre todo, los fenómenos de alucinación unilateral, las alucinaciones bilaterales de carácter diferente, según el lado afectado, espontáneas ó provocadas por el hipnotismo, la doble conciencia, la falsa memoria y otros hechos patológicos.

Del mismo modo que la percepción verdadera, la alucinación se produce generalmente de ambos lados á la vez. Pero no ocurre siempre así; la alucinación puede ser unilateral, es decir, no afectar sino un ojo ó un oído. Un enfermo de Ball se creía secretario del Altísimo; imaginaba que escribía constantemente dictándole Dios, y percibía la palabra divina *solo por el oído izquierdo*. Cuyllis da cuenta de la observación de un joven que se creía perseguido por el demonio; bastábale cerrar el *ojo derecho* para librarse de sus visiones.

La alucinación unilateral prueba evidentemente que cada hemisferio puede obrar aislado del otro, y refuerzan mucho esta demostración los hechos referidos por Magnan con el nombre de alucinaciones bilaterales de carácter diferente, según el lado afectado. Así, por ejemplo, un individuo epiléptico, de 26 años de edad, que se ponía irritado y se creía injuriado por sus compañeros; por el *oído derecho* oía que sus camaradas le apostrofaban groseramente, y después el diablo le hablaba. De pronto, en medio de estas tristes ideas, empezaba á manifestar preocupaciones de otro género; debía recibir una herencia de un millón, que venía acumulándose durante siete generaciones; las injurias que percibía por el oído derecho amenguaban, y comenzaba á oír alabanzas y alegría por el *oído izquierdo*: «Serás feliz,» le decía la voz de Dios mismo le aconsejaba persistir en el bien.

Todos estos fenómenos, y otros muchos que se podrían citar, prueban que los dos hemisferios pueden obrar independientemente; pero no demuestran que uno solo sea el instrumento principal de la actividad intelectual y psíquica. La teoría contraria de la unidad y del concurso de los dos hemisferios, de su funcionamiento concorde, aunque más verosímil, tampoco puede darse como definitivamente comprobada, por el atraso de la ciencia y por la falta de datos. El porvenir y el progreso científico decidirán de qué parte está la razón.

EL DR. FRANCOTTE

Revista literaria

INGLATERRA: Un periodista. Un corazón y dos caras. Recuerdos literarios.—ALEMANIA: El Tirolés de Salom. El Guitarrero de Mittenwald. Prosa. La Escala de la Felicidad. ¿Morena ó Rubia?—ITALIA: Estudios sobre Hugo Foscolo. Escritos literarios. Un drama.—FRANCIA: El duque de Rohan y los protestantes bajo Luis XIII. Enrique IV: Vida privada: Detalles.

Uno de los más notables periodistas ingleses, Sala, en el prólogo de un libro titulado *Ecos del año 1883*, se queja amargamente de su profesión. Lleva escritos más de siete mil artículos de fondo, *leading articles*, que dicen en Inglaterra, destinados á vivir veinticuatro horas y á no dar á su autor la fama que se hubiera conquistado escribiendo un libro cualquiera. Toda la de-

licadeza y toda la energía de un escritor de ingenio se gastan lamentablemente, dice Sala, en satisfacer la curiosidad momentánea de la multitud, con pérdida grande para las buenas letras. No es posible negar toda la razón al ilustre periodista inglés; pero tampoco debe desconocerse cuanto contribuye el periodismo a formar el gusto del público y a difundir la instrucción y la ciencia.

Sala es quizá el primer escritor satírico de Inglaterra en nuestros días, y uno de los que describen con *mejor humor* los lados débiles de su pueblo. Sus cartas parisienses abundan en agudas observaciones y rebosan de alegría y regocijo, revelando por todas partes las simpatías de su autor hacia el carácter y aun las locuras de los franceses.

Acaso la mejor novela del malogrado Carlos Reade sea la que ha visto la luz pública después de muerto el autor. *Un corazón y dos caras* es el título de esta obra, de acción más sencilla y de desarrollo más preciso que ninguna de las que antes había publicado. La protagonista Sara Brent es un tesoro de dignidad y de ternura. José Pinder la corteja, pero no se atreve a acercarse a ella ni a manifestarle sus sentimientos, temeroso de recibir una negativa. Sara, que no gusta de la modestia en materia de amor, prefiere a un tal Jaime Mausell, pendenciero, egoísta, brutal y vanidoso. Se batan los rivales, y en el momento en que Jaime cae a tierra derribado por un puñetazo de su enemigo, se presenta Sara. La escena es digna de los grandes maestros. Sara, que hasta entonces había ocultado su amor, se arroja sobre el cuerpo de Mausell, gritando a Pinder: «¡Asesino, has matado a quien amo!» José Pinder, sorprendido al oír esta exclamación, no puede repetir las palabras de la joven. «Si, a quien amo», repite Sara cubriendo de lágrimas la faz del vencido. Pinder levanta el cuerpo inanimado de Jaime Mausell y lo lleva a la casa, tranquilizando a Sara con estas palabras: «¿Cree usted que puedo hacerle daño después de lo que acaba usted de confesarme? Y desaparece convencido de que todo ha concluido entre los dos. Sara se casa con Jaime, el cual, a pesar del cariño, ternura y abnegación de su mujer, la maltrata atrozmente y comete todo género de excesos hasta caer en manos de la policía. Sara consigue ponerle en libertad, y entonces él huye con una americana. La abandonada esposa, desengañada de su amor a Jaime, no se atreve a alentar a Pinder; pero al fin todo se arregla y las dos víctimas se casan. Hace mucho tiempo que no se publica en Inglaterra una novela tan interesante y tan sentida como la última de Carlos Reade.

El distinguido novelista Jaime Payn, autor de *Lost Sir Massingherd*, de *The best of husbands* y otras obras, ha coleccionado bajo el título de *Some Literary Recollections* sus recuerdos literarios. Resplandece en todo el libro una placidez, una alegría y una satisfacción que encantan. No hay en todo él una palabra, un pensamiento, que no denoten un alma indulgente, inclinada a la admiración y a la simpatía, enamorada de su arte, satisfecha de los éxitos logrados y agradecida al público. En el libro de Payn se aprende a ver la vida en general, y la vida literaria en particular, por su lado bueno, y no por el triste y melancólico que suelen contemplar los escritores pesimistas, descontentos de sí, ó postergados por la sociedad y zaheridos por la crítica. Ha conocido Payn a muchos literatos de ambos sexos, y traza sus semblanzas con exquisita cordialidad. Su libro se propone agradar.

Se representa ahora en muchos teatros de Alemania un *vaudeville* ó zarzuela de Moser, que lleva por título *El Tiroles de Salon*. En general agradable é ingeniosa, cae alguna que otra vez en lo grotesco, pero la acción no deja de estar bien llevada y desarrollada con lógica. El argumento es el siguiente: Un joven berlinés, muy bien relacionado en la alta sociedad, llamado Fritz von Strehsen, pretende inútilmente, durante mucho tiempo, contraer matrimonio con la hija de un rico comerciante. Mariana, que así se llama la joven, siente verdadero entusiasmo por los Alpes. El enamorado Strehsen, que ha ido a reunirse con su pretendida al norte del lago de Achen, cree que, merced a su notable talento de cantor tiroles, acabará por subyugarla. Pero ocurre lo contrario. El desgraciado joven encuentra un alma gemela de la suya en una amiga de Mariana, que se aburre soberanamente en los Alpes, y Mariana se casa con un amigo de su padre, un señor que la ha acompañado con encargo expreso de impedir que se aburriera.

En Munich se ha estrenado hace poco un drama titulado *El Guitarrero de Mittenwalds*, escrito por los Sres. Gaughofer y Neuert. Hay en esta obra, que pretende inspirarse en la música popular y pintar las costumbres de los campesinos, mucho sentimentalismo falso y una rusticidad de mala ley. Comienza el drama con una escena en la cual Afra, que acabada casarse con el guitarrero Beni, huye al fondo de un jardín al lado de su madre, lamentándose de su desgraciada suerte, pues ama a otro, que la ha abandonado para recorrer el mundo. No tarda en aparecer nuevamente Vitus, que es el amado de Afra, acompañado de un

vagabundo que ha sido otras veces amante de su madre. Las dos parejas de enamorados se abrazan, y el guitarrero que, sin ser visto, estaba presenciando esta escena, se pregunta, con la muerte en el alma, qué es lo que debe hacer. Como si la hubiera leído en un periódico, cuenta su propia historia a un amigo, y le pregunta qué hubiera hecho él en caso de hallarse en el lugar del infortunado esposo. — «Me hubiera arrojado a un abismo, para hacer creer que me había ocurrido una desgracia y no que me había suicidado,» le contestó el amigo. Le pareció excelente el consejo al guitarrero, y resolvió ponerlo por obra al día siguiente, con ocasión de una fiesta alpina, a la cual iban a concurrir Afra y Vitus. Pero otros amigos se burlan de él, y, desesperado, no espera al día siguiente para suicidarse. Los caracteres son falsos casi todos, y más que ninguno el de la protagonista que se casa con el guitarrero voluntariamente y por seguir los consejos de su madre, pero sin violencia de ningún género.

El notable poeta Hamerling ha coleccionado en un libro intitulado *Prosa* una porción de ensayos, pensamientos y estudios, publicados de veinticinco años a esta parte. Sea cualquiera el juicio que se profese de los principios artísticos y de la poesía, un tanto declamatoria y retórica, de Hamerling, no puede desconocerse que tiene muchos admiradores y discípulos, que le consideran como fuente viva donde pueden beberse los verdaderos preceptos del arte. No todos los artículos comprendidos en su último libro tienen el mismo mérito; pero algunos son interesantísimos y hubiera sido una lástima que quedaran olvidados en revistas y periódicos. No tiene la prosa de Hamerling la firmeza granítica de la de un Hebbel ni el color de la de los hermanos Grimm, pero es un buen instrumento dialéctico a servicio de sus ideas.

La Escala de la Felicidad y *Morena ó Rúbia?* son los títulos de dos cuentos ó novelitas de Waldmüller, autor cada día más notable y más leído y celebrado en Alemania. Sus novelas, que transpiran buen humor y alegría por todas partes, pertenecen a ese género literario picante y sano a la vez. Parece a veces que el autor se pierde en digresiones, pero no es así, y pronto muestra que no ha olvidado el hilo del relato principal. En la primera de estas novelitas ó cuentos, un comerciante llamado Hartig se retira de los negocios en una hermosa villa, y consulta con su mujer el género de vida que deben adoptar para estar en armonía con su nuevo estado. La escala de la felicidad, dice Hartig, tiene muchos escalones para los ambiciosos, pero las personas que saben contentarse con su suerte, se encuentran dichosos aun en los más ínfimos. El matrimonio, a pesar de estas reflexiones, no tarda en cambiar de costumbres y en frecuentar una sociedad superior a su clase, hasta que cierto día cae en la cuenta de lo que les está pasando, y vuelve a sus modestas costumbres de antes. El ascenso, y el descenso sobre todo, están pintados de mano maestra. La acción, aunque sencilla, no carece de atractivo y no fatiga ni cansa al lector. Los personajes son un tanto vulgares, pero simpáticos. Rasgos humorísticos esparcidos acá y allá, animan el relato y le dan color.

La acción de *Morena ó Rúbia?* pasa en la isla mitad francesa y mitad inglesa de Jersey. Es una historia de amor sin amor. El protagonista, un marino francés, después de tratar en vano de casar a su madre con el abuelo de una morena y una rúbia, se encuentra prometido a la rúbia y desposado con la morena.

El erudito profesor italiano Camilo Antona-Traversi ha publicado unos *Estudios sobre Hugo Foscolo*, con el fin de ilustrar y aclarar aquel período de la vida del ilustre poeta, que comprende las inquietudes, las acusaciones y los disgustos que sufrió desde 1813 en adelante. Los documentos inéditos que se conservaban en la biblioteca Labrónica y en el archivo nacional de Milán, publicados en el libro de Antona-Traversi, demuestran y confirman con cuánta constancia mantuvo Foscolo sus principios políticos y cuántos sinsabores y persecuciones sufrió por su causa, no solo en Suiza, sino también en Inglaterra. Para completar estos datos históricos, el profesor Antona-Traversi, añade los trozos más importantes del *Epistolario*, que ayudan no poco al conocimiento de la vida de su autor. Como apéndice, publica al final del libro algunos artículos que ya han visto la luz en varias revistas. *De un reproche injusto dirigido a Hugo Foscolo; Oda a los Jonios; Una carta inédita de Hugo Foscolo, etc., etc.*, todos importantísimos, y que prueban cuanto los italianos se preocupan con sus glorias literarias.

La primera serie de los *Escritos literarios* del profesor Lumini, que ha visto la luz pública en Arezzo, contiene varios artículos en parte inéditos y en parte publicados anteriormente. Los tres primeros se refieren a la Calabria. El primero trata de algunos cantos calabreses escritos por los presos del distrito de Monteleone, que el Sr. Lumini ha podido recoger, gracias al director de aquellas cárceles, y que es menester añadir a la colección de cantos populares de Pitri. El segundo da cuenta de una antigua tradición calabresa descubierta por el autor y falsamente atribuida por el pue-

blo a Piero delle Vigne. Y el tercero es un recuerdo biográfico del patriota calabrés Francisco Protetti. Otros tres de estos artículos tratan de *Dante y de los Aretinos*. La variedad de los asuntos, su importancia y cierto calor de afecto que aviva la erudición, hacen grata la lectura de este libro.

Al gran número de novelistas que se han hecho autores dramáticos, bien por deseo de lucro, bien afanosos de obtener una gloria más pronta y estruendosa, hay que añadir a Verga, autor de un drama titulado *Cavalleria rusticana*, representado por primera vez con gran éxito en Turin, y después reproducido con varia fortuna en otras ciudades de Italia. En Roma obtuvo un éxito honroso pero no entusiasta, a causa quizá de lo mucho que se había hablado de esta obra. Esperaba el público la revelación de un genio reformador del teatro italiano, como había anunciado algún impresionable periodista; una especie de revolución teatral, y esta esperanza le salió fallida. Probablemente no tuvo Verga la idea de intentar una reforma del teatro italiano, ni se le ocurrió acaso semejante cosa hasta después de leerla en la prensa, por lo cual no hay que culparle ni culpar a su obra.

La acción del drama pasa en una aldea de Sicilia, y las costumbres que se pintan son sicilianas, y el lenguaje, si no siciliano puro, abunda en giros y frases de este dialecto. El diálogo es sóbrio, rápido, incisivo. El argumento sencillísimo y no susceptible de ser desarrollado en muchas escenas. Los caracteres naturales. El autor pone a sus personajes en las circunstancias de la vida ordinaria, en las cuales la mayor parte de los hombres y de las mujeres hacen lo mismo que ellos.

Un crítico ha dicho que se asistía a la representación de *Cavalleria rusticana* con el mismo deleite y la misma curiosidad con que se lee el relato de un acontecimiento en un periódico. Y esto es cierto, sin que por ello se rebaje el mérito de la obra ni se mengue la reputación de Verga. Su trabajo tiene las cortas proporciones de un suceso de crónica diaria, con la diferencia de que Verga lo ha exornado con todas las gracias del arte, mientras el pobre noticiero, acosado por el tiempo, lo escribe *currenti calamo* sin cuidarse del arte ni de las buenas letras.

Enrique de la Garde acaba de publicar un libro sobre *El duque de Rohan y los protestantes bajo Luis XIII*. Enrique de Rohan es una de las brillantes figuras de la primera mitad del siglo XVII. Su valor, su elocuencia, sus talentos, su celo en la defensa de sus correligionarios, el mérito de sus muchas obras, su trágico fin, todo le hace sumamente interesante. El libro que de la Garde le ha dedicado, está hecho según el sistema de los grandes historiadores contemporáneos. El autor ha sacado de los documentos el mayor número posible de citas y ha procurado como soldadas en su texto, en vez de sacarles el jugo para después verterlo en la narración.

De los papeles conservados en los archivos de Pau ha sacado un regocijado y divertido volumen el Sr. de Lagréze sobre las cuentas privadas de Enrique IV. El libro se titula: *Enrique IV. Vida privada. Detalles inéditos*. El buen rey era hombre de tanto orden, que más de cuatro mil cuartillas están llenas de los *ingresos* y los *gastos* de su casa. Las partidas más insignificantes, como la compostura de una camisa ó el lavado de unos calzoncillos, están apuntadas separadamente y en detalle. No se admitían gastos secretos de ningún género. De los trabajos de Lagréze resulta que si el Bearnés estaba a veces mal vestido, era, a pesar suyo y contra su gusto, porque le agradaba la buena ropa, y cuando tenía algún dinero en el bolsillo, gastaba cantidades relativamente grandes en buena ropa blanca, blondas y plumas. Un día compró trece penachos a la vez, y en la partida se encuentra un ave del paraíso que costó 300 libras. Tenía también gran número de sombreros, y para cada uno su pluma. El gorro de dormir de S. M. era de terciopelo anaranjado. Debía de ser muy grande, porque había necesitado para hacerlo una vara y dos tercias de terciopelo, a 11 libras y 13 sueldos la vara. También es muy extraño que el zapatero real empleara una vara de terciopelo negro en hacerle al rey un par de zapatillas.

Las calzas ó medias eran otro gasto enorme. Probablemente Enrique IV gastaba muchas a causa de su activa vida, pues su calcetero de Pau había celebrado un contrato con dos artesanos para la fabricación de las calzas reales. Era una especie de abono por el cual se pagaba 1.000 libras anuales. Verdad es que estas medias eran muy elegantes. Las había bordadas en oro, cuyo lavado era ruinoso; Juan de Ternay, lavadero del rey, recibió 7 libras por haber «enjabonado muchas veces una camisa adornada de oro y las calzas del rey también bordadas de oro.»

Las camisas eran todavía más lujosas que las medias. Luis XIII encontró en el ajuar de su padre «23 camisas de tela fina tejidas con hilo de oro y seda de muchos colores.» Y las camisas de dormir! No se cita más que una, que Enrique IV había heredado de su padre, pero era «de tela adamascada, de oro y de seda encarnada.»

Las cuentas del sastre de Pau, Beausemblant, as-

cienden á cantidades considerables y áun algunas sospechosas. No es extraño que el rey se negara una vez á pagar la cuenta de Beausembiant y que sostuviera un pleito con él. Verdad es que el rey lo perdió.

Las cuentas del boticario son otro capítulo interesante. Según la costumbre del tiempo, el boticario de Enrique IV era también confitero, y le proveía de los dulces que el rey, siempre galante, ofrecía á las señoras y señoritas; regalos modestos, como lo prueba la partida siguiente: «Para la señorita Fausure una libra de azúcar fina: 40 sueldos.» Hay que tener presente que en el siglo XVI el azúcar era cosa rarísima.

Enrique IV era jugador. Cuando ganaba se guardaba el dinero y no daba cuenta de ello á sus administradores. Pero cuando perdía, les hacía pagar y se apuntaba concienzudamente lo pagado en el libro de gastos. Al billar perdió una vez, jugando con Saint-Marie du Mont, 21 escudos, y con el duque de Rohan, la señora de Dures y otras damas, infinidad de cantidades mayores ó menores.

Los pequeños robos del rey costaban carísimos á sus Estados. Era ladrón por instinto y no podía por menos de coger lo que encontraba; pero lo devolvía. Decía que si no hubiera sido rey le hubieran ahorcado. En 1576 la Administración real inscribía muchos gastos por este concepto, y entre otros: «42 sueldos para seis huevos que el rey había roto y los pollos y los capones que había tomado.»

LA CUERDA DE CAÑAMO

Novela original

(Continuación.)

¡Oh, entonces sabría apreciar la diferencia entre ella y Marta!

¿Entonces comprendería que ella sola le amaba y era digna de su amor?

¡Santos cielos! ¿no es aquel Jusepet? ¿A dónde irá? ¿Qué duda cabe? A la masía. ¡Que vaya! ¡Que vaya! ¡Terrible desencanto! Que sufra él un poco por lo mucho que á ella la ha hecho sufrir. Ya atraviesa con segura y ligera planta la plaza. Ya vuelve la esquina. Pero ¡Dios mío! ¿Y si se encuentra con el comandante? ¿Se vendrán á las manos! ¡Y uno de los dos morirá! ¡Ah! infeliz de ella que le deja ir á un peligro de muerte. ¿Y por qué? ¡Por gozarse en su triunfo! ¡Justo castigo á tan infame alegría!

¡Jusepet! ¡Jusepet! — grita desafortadamente Marieta. El eco de la Iglesia repite el adorado nombre, pero Jusepet no puede oírlo, va muy lejos.

Fuera de sí la jóven se mesa los cabellos, empieza á maldecirse, y, por último, vencida por tan terribles emociones exhala un grito desgarrador y cae al suelo desmayada, al mismo tiempo que la alegre diana que toca el corneta de la guardia situada en otra plaza del pueblo, interrumpe el silencio que reina en ésta.

Bien pronto por todas las calles cornetas y clarines atruenan el espacio repitiendo el marcial toque, y dentro de las casas empieza á notarse movimiento. Se van abriendo las puertas, los soldados, despidiéndose de sus patrones con un «hasta la vista,» acuden á la plaza. Algunos de caballería, cantando á media voz, conducen del diestro á sus caballos para darles agua.

Fórmase animados grupos junto á dos ó tres puestos de aguardiente que acaban de establecerse en las abacerías que hay debajo de los porches; casi todos los soldados van á ellos á matar el gusanillo. Los bagajeros con paso tardo y de mala gana, van llegando con sus cabalgaduras. El abanderado increpa duramente al alguacil porque aún no están en la plaza todos los bagajes. Todo es movimiento y animación.

Ya es de día claro. Las compañías han formado para pasar lista y racionarse. El escuadrón de caballería está formado en las eras á la salida del pueblo.

Marieta que ha vuelto en sí y se ha vestido apresuradamente, al asomarse á la ventana, vé á su padre y á varios concejales en medio de un corro de oficiales, algunos de los cuales les amenazan. De las filas se eleva un gran murmullo producido por las conversaciones de los soldados que hablan casi á un tiempo con gran calor. En las esquinas de la plaza, y desde las ventanas y puertas de las casas, los vecinos observan con curiosidad lo que pasa, y preguntan á los soldados que les contestan con palabras de amenaza y ademanes violentos.

Son las siete de la mañana y el comandante no parece. Su asistente al entrar en su cuarto para llamarle, viendo que no daba señales de vida, encontró el cuarto vacío y la cama intacta; no se había acostado su amo. Esperó, pero no venía éste que era siempre la puntualidad misma, y

lleno de zozobra el muchacho fué á manifestarle su extrañeza al alcalde que no poco se alarmó al oírlo. Al ver que eran ya cerca de las ocho, los capitanes de las compañías vinieron al alojamiento del jefe de la columna, y enterados de lo que sucede, no dudan ni por un momento que algun percance grave le ha ocurrido.

Otra vez Marieta se vé atormentada por una ansiedad mortal. ¿Le habrá muerto Jusepet? ¿Le habrá muerto el padre de Marta? ¡Oh, ha sido Jusepet!

El Sr. Valero, sombrío como siempre, pero sereno, se acerca en aquel instante al grupo que forman los oficiales y los individuos del Ayuntamiento, y pregunta por el jefe. Trae de Gerona un pliego para él, en contestación de otro que llevó la noche anterior.

La alarma crece. El alcalde manda tocar á somaten, y los vecinos van acudiendo á la plaza armados de palos é instrumentos de labranza. Marieta á duras penas sofoca un grito de espanto. Por una de las calles que dan á la plaza viene Jusepet, pero tan pálido, tan desencajado, que su rostro es una acusación contra él. ¡Cuánto sufre Marieta! ¡No quita de él los ojos! ¡Con la vista quisiera leer en su interior!

Una parte de la tropa queda en la plaza, la otra dividida en secciones á los que se unen, grupos de paisanos salen del pueblo por los diferentes caminos que de él parten para reconocer los alrededores, en tanto que de los soldados que han quedado en el pueblo, se destacan algunas patrullas que, acompañadas por individuos del Ayuntamiento, registran una por una todas las casas.

III

Varias veces, sin más compañía que la de Ramona, Marta se había quedado sola en la masía, y jamás tuvo miedo; pero aquella noche le tenía. Las ardientes miradas del comandante en la única ocasión que le había visto, habían llevado á su ánimo un espanto tal, que en vano trataba de ahuyentarlo con reflexiones de que era pueril y ridícula vanidad, creer que había llamado la atención de aquel hombre, hasta el extremo de que se acordase de ella ni por un momento, y de que el único daño que de él podía venirle, los celos de Jusepet, ya los había experimentado; presentía una desgracia, y este presentimiento la ocasionaba una zozobra y una inquietud tan grande que, temblorosa y asustada, el menor rumor de pasos en el próximo camino, los ladridos de Leal á los que pasaban la hacían estremecerse. Para recobrar la perdida tranquilidad y librarse de tan mortal angustia, arrodillóse devotamente delante de una estampa de Nuestra Señora de la Soledad, y rezó. Dirigiendo fervientes oraciones á la Virgen se creía menos sola.

Serian las nueve cuando oyó distintamente que alguien se acercaba á la masía. Leal ladró con más insistencia que nunca. Se incorporó Marta interrumpiendo su rezo, y entreabrió las maderas de la ventana; en su cervical miedo se le figuró que un hombre se alejaba rápidamente de junto á las tapias del corral por donde se entraba á la masía. Leal ladraba cada cada vez más, y en un cuarto de hora lo menos, no calló. Tuvo intenciones Marta de llamar á Ramona para que viniese á su habitación, pero acordándose de que antes de amanecer Jusepet vendría á la cita, y teniendo en cuenta que la anciana sería un estorbo para sus coloquios amorosos, desistió. Además la asustaba el salir al pasillo para llamarla.

Su impaciencia, porque llegase Jusepet al pie de la ventana, era mayor que nunca. ¡Que lentamente trascurre el tiempo! Para ver si se le hacía más breve, vestida como estaba, se echó en el lecho y procuró dormir. El sueño no dió á su conturbado espíritu la tranquilidad anhelada. Tuvo una horrible pesadilla, vígorosa mano la precipitó por un abismo negro y profundo. Por uno de esos inexplicables absurdos, propios de los sueños, aquellas negras sombras, aquel inmenso vacío parecían á Marta que estaban dentro de su mismo corazón. Marta rodaba por áspero declive, y las salientes peñas en que tropezaba le causaban dolores intensísimos, pero no en el cuerpo sino en el alma, y cuando ya iba á llegar al fondo del abismo, por el que en torrencioso curso se deslizaba un río de cenagosas y fétidas aguas... la despertaron unos ahullidos lastimeros.

¿Soñaba todavía ó estaba despierta? Esta pregunta se hizo Marta pasándose las ardorosas manos por su frente empapada en frío sudor. Pero no; estaba despierta. Era Leal el que ahullaba tan tristemente.

El sobresalto de la pobre jóven aumentó hasta lo indecible; su espanto la hacía temblar como si estuviera rodeada de una atmósfera de hielo. Intentó asomarse á la ventana para llamar á Leal y ver qué le pasaba... y le faltaron ánimo y fuerzas. Los ahullidos de leal eran cada vez más lastime-

ros y el terror que en la medrosa Marta causaban cada vez mayor. Por no oírlos se cubrió con las ropas del lecho cabeza y todo, y pareciéndole todavía poco, se tapó con las manos los oídos. Inútilmente. El perro dejó de ahullar, y aún resonaban en los oídos de Marta sus ahullidos más imponentes y ruidosos que el fragor del trueno en noche tormentosa.

¿Cuánto tiempo estuvo así? A Marta le pareció que siglos. En esto sintió ruido en el inmediato camino, y respiró. Por fin estaba allí Jusepet. La presencia de su amado ahuyentaría de su corazón todo temor. Sacó Marta la cabeza de entre las sábanas, se incorporó en el lecho y, confundiendo con la luz del sol el resplandor de la luna que entraba por la entreabierta ventana, creyó que amanecía. Se echó fuera del lecho é iba á exclamar ¡Jusepet! cuando la voz se heló en su garganta. Un gárfio vino á encajar en el alféizar de la ventana, una sombra cubrió la luz de la luna oscureciendo la estancia, dentro de la cual saltó un hombre. Dirigiéndola palabras amorosas y tratando de aprisionar con sus brazos el talle de la jóven, se acercó á Marta, que le rechazó con violencia, y una lucha innoble y desigual se entabló; fué corta: Marta calló al suelo, dióse un golpe en la cabeza contra el cofre, y perdió el sentido.

IV

Agujoneado por el deseo de ver á su amada, había salido Jusepet del pueblo con mucha anticipación á la hora de la cita. Tan presuroso como alegre, más que por el camino, avanzaba por las praderas inmediatas á éste, recogiendo florecillas del campo y haciendo con ellas un ramo que ofrecer á su Marta. Ya sabía que era temprano, pero seguro estaba de encontrarla esperándole en la ventana, porque la misma impaciencia que á él le puso en camino, antes y con antes, la habría puesto en pie á ella, que ya estaría acechando su llegada por la entreabierta ventana de su cuarto. Por eso no fué pequeño el chasco que se llevó al ver que se había engañado. La ventana de la habitación de Marta, que era en la fachada que daba al corral, la más próxima al camino estaba entornada. Todo aquel frente de la casa estaba entonces en la sombra, la luna iluminaba con su melancólica luz la fachada que daba al camino.

No tuvo Jusepet paciencia para esperar, y así que llegó, llamó á media voz á su novia, pero no obtuvo contestación; sin duda alguna se había dormido. ¡Ah, perezosa! ¡no iba á llevarse mal regaño! Que quieras que no, el impaciente enamorado tuvo que resignarse á esperar, y durante la forzada espera, reparó en que Leal, que otras veces ladraba al sentirle venir, y después, al reconocerle, meneando la cola en señal de regocijo, poníase en dos pies, y apoyando las patas delanteras en la tapia que no era muy alta, gruñía sordamente mientras le acariciaba el nívio de su ama, no se dejaba sentir. ¿Se habría dormido también? ¿Qué diablos pasaba para que todos los seres vivientes de la masía tuviesen un sueño tan pesado y fuera de costumbre?

Llamó á Leal, silbó despues y nada. Era muy extraño. Miró Jusepet por encima de la tapia, y en el ángulo del corral opuesto al sitio en que se había asomado, vió iluminado por la luz de la luna al perro tendido cuan largo era, pero en posición tan violenta, que llevado por natural curiosidad dió al jóven la vuelta alrededor de las tapias, y encaramándose á una piedra inmediata pudo ver mejor, y se convenció de que Leal estaba muerto; su cuerpo rígido y manchado, su hocico por sícía baba. Todas las señales eran de haber sido envenenado.

Justamente alarmado se disponía Jusepet á saltar dentro del corral, cuando se abrió la ventana del cuarto de Marta, apareció encaramándose en el alféizar un hombre, y por una cuerda en que el asombrado espectador de aq ella escena no había reparado hasta entonces, se deslizó suavemente. Ya en tierra, despues de algunos esfuerzos logró desencajar el gárfio que sujetaba la cursda al marco de la ventana, arrojó ésta y se dispuso á saltar la tapia.

Ciego de ira Jusepet corrió al camino para atajar el paso á aquel infame que había profanado con su impuro aliento la prenda querida de su corazón y ahogarle entre sus manos, y llegó en el momento preciso en que el padre de Marta, que acababa de llegar á la masía por el camino de Gerona, lanzando una enérgica interjección, descargaba tal golpe, con el claveteado garrote que traía en la mano, en el vil saltador de su honra, que éste cayó muerto á sus pies como herido por un rayo sin decir Jesús. Para borrar toda huella de lo sucedido, intentó cargar el Sr. Valero con el cadáver para llevarle lejos de la masía, y viendo Jusepet que no podía, se acercó á ayudarle.

El anciano al sentir pasos, levantó la cabeza

muy alarmado, y al ver al joven, dijo con ronca voz. ¡Ah! ¿Eres tú? Ayúdame.

Jusepet y Valero se miraron un momento tristemente, ambos estaban más pálidos que el cadáver que tenían á sus pies. Fijó en este la vista el joven, y al reconocer al Comandante por toda oración, le dedicó una maldición horrible.

—Vamos,—murmuró despues.

Cargaron los dos con el cadáver, y despues de observar si quedaba señal de sangre ú otra alguna de la muerte del comandante, anduvieron algunos pasos por el camino, hácia Gerona, y se internaron en la selva. Cuando llegaron á lo más intrincado de ella, despues de haber andado con su fúnebre carga más de media legua, dejaron el muerto en tierra, Valero recogió la cuerda que al comandante le habia servido de escala, y luego, descubriéndose, dijo:

—¡Roguemus á Dios por su alma! ¡Y ruega tí por su matador!

—Rezar por él, murmuró entre dientes Jusepet.

—Sí Jusepet. ¡Hay que perdonar para que Dios perdone! ¡Qué El se apiade de mí!

Y rezaron un padre nuestro.

Amanecía. Algunas nubecillas se destacaban sobre el azul del cielo que parecia un torso, reluciente é inmenso espejo de bruñido acero. La luna se ocultaba en el horizonte, y por Oriente las rosadas tintas de la aurora anunciaban un hermoso dia. Los pájaros cantaban en los árboles; del pueblo llegaban los sonoros ecos de cornetas y clarines que tocaban diana, y por todas partes se sentían rumores de vida y de alegría que contrastaban con la tristeza de aquellos dos hombres que, uno al lado de otro, sin pronunciar palabra, sumidos en penosas reflexiones, descendían de lo alto del monte al camino.

Al llegar á éste, el Sr. Valero tomó la palabra. Es preciso que nos separemos, dijo. Entra en el pueblo por la parte opuesta y cuida de que no te vean. Adios y gracias.

Señor Valero, empezó á tartamudear Jusepet, despues de lo que ha sucedido...

Y mirándose las manos que deshojaban las flores del ramo que hiciera con tanto afán momentos antes, y ajadas ya por habérsela metido en el bolsillo de su chaqueta para ayudar al anciano á conducir al cadáver á la selva, no se atrevió á continuar.

No digas más hijo mio. Olvida para siempre á esa... ¡desgraciada!

—Perdónela usted, Sr. Valero, exclamó Jusepet.

—¡Oh, no temas por su vida! ¡Vé tranquilo!

El joven y el anciano se estrecharon las manos. El Sr. Valero se dirigió á la masía. Jusepet le estuvo mirando hasta que le vió entrar, y entonces, lanzando un suspiro, desapareció entre los árboles inmediatos al camino.

Al entrar el Sr. Valero vió á Leal muerto. ¡Ah, pobre Leal! pensó el anciano. Cojió el perro y fué á arrojarle al rio que á poca distancia del pueblo corria. A poco rato volvió, llamó á la puerta de la masía, salió á abrirle Ramona, y entró él en la casa tan sereno y tranquilo, que la vieja nada notó de extraordinario en su semblante.

Expiacion sin culpa

I

Habia vuelto en sí la infeliz Marta y creia haber sido víctima de una pesadilla, pero bien pronto el silencio acusador y aspecto sombrío de su padre que entró en el cuarto sin darla siquiera los buenos dias,—él tan cariñoso siempre con su hija,—y la cuerda que, enrollada en varias vueltas colgó de la pared frente al lecho de la joven para recuerdo y castigo de lo que creia el anciano liviandad de Marta, persuadieron á la desventurada de la triste realidad. Su padre salió de su cuarto y de la masía. Al cabo de media hora volvió con un oficial y varios soldados que registraron la casa detenidamente.

Al entrar en el cuarto de Marta, el Sr. Valero dijo al oficial, sin duda con la intencion de que la palidez de la joven no despertase sospechas:

—El cuarto de mi hija que ha estado enferma esta noche.

El oficial abarcó de una mirada el cuarto, y como nada vió que diese lugar á recelos, saludó á la joven, y todos se retiraron, y unidos á varios paisanos que esperaban á la puerta de la masía, echaron á andar por el camino de Gerona.

Más de dos horas habrían trascurrido, cuando se sintió en el camino nuevo rumor de pasos. En su creciente alarma producida por todas aquellas idas y venidas que no acertaba á explicarse, tuvo curiosidad de saber lo que ocurría y se asomó á la ventana. En medio de otro grupo de soldados y paisanos, cuatro de éstos conducían en una camilla improvisada con palos y ramajes, el cadáver del Comandante.

Quando tuvo ánimos para hacerlo, rexó á la virgen por aquel desgraciado que al deshonrarla á ella habia buscado su propia muerte, porque no dudaba Marta que su padre y Jusepet eran los matadores del comandante. La virgen fué compasiva con ella y le envió muchas lágrimas que llorar, que no fué poco consuelo para su contristado corazón.

Pero no habian concluido para Marta las dolorosísimas emociones de aquel funesto dia. Otra vez se oyó rumor de muchos pasos de personas y caballerías y el chirrido de un carromato. Marta quiso no asomarse, pero una fuerza interior la hizo acercarse á la ventana. La columna marchaba con silencio aterrador escoltando un fúnebre convoy.

En el carromato, sobre un colchon, y cubierto con una blanca sábana, se distinguía un cuerpo inerte y rígido. Detrás, y vigilados por algunos soldados, iban presos el alcalde, dos concejales, el padre de Marta y Jusepet.

—¡Padre! gritó la joven.

El anciano la miró severamente y la hizo una seña para que se retirase de la ventana.

Jusepet alzó los ojos, pero inmediatamente los volvió á otra parte como en señal de desprecio; los demás la miraron con indiferencia ó lástima.

Desolada se echó en el lecho, y llorando con amargo duelo, se pasó el dia sin que Ramona pudiera consolarla.

II

La muerte del jefe de la columna fué objeto de conversacion general en Cataluña y áun en toda España. Los periódicos de Barcelona y Madrid dieron la noticia que fué muy comentada en cafés y tertulias, y muy especialmente en los círculos aristocráticos de la corte, donde el comandante era muy conocido como un segundón de una noble familia, y por estar casado con una joven dama de la más antigua aristocracia del reino.

El comandante, en el poco tiempo que llevaba en campaña, cuando se le encontró muerto, habia dado pruebas de una actividad sin igual en la persecucion de las partidas carlistas, y llevado á efecto atrevidos golpes de mano con gran fortuna, gracias á las buenas confiancias que tenia por pagarlas á peso de oro; era rico, grande su ambicion, y se habia propuesto llegar en poco tiempo á los más altos puestos de la milicia. No es de extrañar, por lo tanto, que todo el mundo diese por cierto que los facciosos, para librarse de un enemigo molesto, le habian sorprendido en su mismo lecho sacándole al campo, para martirizarle, á fin de que declarase á los cabecillas carlistas las instrucciones reservadas que sabian habia recibido

FRANCISCO MARTIN ARRÚE.

En el Ateneo

PRIMER ARTICULO

Las Ciencias Naturales en el Ateneo de Madrid

I

No han escaseado los ora lores en la seccion de Ciencias Naturales del Ateneo Matritense. Cortezo, Pulido Simarro, San Martin, Vera, Tolosa, Alonso Rubio, entre los médicos; Carracido, Calderon, Serrano Fatigati, Echegaray, entre los físicos y naturalistas, han discutido en las secciones y pronunciado importantes conferencias. Bien pocos son los nombres autorizados que pueden añadirse en el resto del país á los que allí han sonado, y acuden sin esfuerzo á nuestra pluma; Augusto Linares, Macpherson, Calderon (Salvador), Quiroga (Francisco), Bolívar, todos pertenecientes á la nueva generacion científica.

Las corrientes filosóficas señaladas en Europa dentro de esta rama del saber humano, cuentan desde hace años con distinguidos representantes en la docta casa, y por fortuna para nuestra España, ahora inclinada á glorias más tranquilas y duraderas que sus pasadas glorias, muchas de las direcciones en el indicado centro dibujadas, llevan impreso el sello individual de sus expositores, ganosos de descubrir sendas nuevas en el camino de la ciencia y de fundar doctrinas propias sobre trabajos experimentales realizados en el suelo castellano, harto cansados de repetir las ideas y teorías de agenos pueblos.

¿Qué es la fuerza? ¿Qué es la materia? ¿Son entidades existentes de por sí y asociadas una á otra como pretende sostener el sentido tradicional, ya casi abandonado en este linaje de estudios? ¿Son simple resultado de considerar bajo dos puntos de vista diferentes la misma realidad de las cosas? ¿Pueden ambas reducirse á pura sustancia natural, conforme enseñan los naturalistas? ¿Manifiéstase sólo á nuestros sentidos la accion, la fuerza, segun mantienen con empeño los dinamistas, y es preciso inducir luego de estas sensaciones la existencia de la materia sin deberse separar

nunca en las altas concepciones la ciencia natural de la filosofía y la metafísica?

Todo se ha discutido en la seccion de Ciencias Naturales, y para comprobar tan opuestas tesis hánse citado numerosos datos de observacion, resultando que si bien las escuelas conservan sus respectivas posiciones, ora batallando sin reconocida ventaja unas contra otras, ora preponderando alternativamente, la ciencia se enriquece con número infinito de detalles y la cultura de los sócios se despliega y acrecienta en su grado.

El Sr. Serrano Fatigati formuló en el último discurso pronunciado hace pocos dias, de gráfica manera, cómo se realiza en general el progreso de las ciencias: «El émbolo de la máquina de vapor, decia sobre poco más ó ménos, no pasa constante y periódicamente por las mismas posiciones sin crear trabajo útil; no se pasa en la filosofía del espiritualismo al materialismo, ó del segundo al primero, sin que aumente el ya inmenso tesoro de las riquezas materiales y se eleve el ideal del derecho con el respeto á la dignidad del hombre.»

Dichas palabras encierran ciertamente uno de los más poderosos argumentos que podrian aducirse en favor de tales discusiones y demuestran su conveniencia no limitada cual pareceria á primera vista, á simples juegos retóricos para aguzar el ingenio, indigna ocupacion de personas serias.

II

Contra lo que era de esperar, dado sus valiosos elementos, no se ha mostrado, sin embargo, muy potente en tales discusiones el sentido de la llamada derecha del Ateneo. Ciertamente han abundado los sócios de autorizada palabra que se han levantado á hablar desde aquellos bancos; mas sus doctrinas están lejos de haber correspondido ni mucho ménos á esas resistencias y negaciones, poco doctas, nada armonizables en sus dogmatismos con el estado actual de los conocimientos humanos.

Vilanova y Nieto Serrano, egregios cultivadores los dos de la ciencia y filosofía natural, han llevado dignamente en esta seccion la voz de la derecha, haciéndose acreedores por la serena amplitud de su espíritu al elogio de sus adversarios: aman la investigacion y las observaciones, á las cuales con tanto fruto se consagran, y se felicitan sinceramente de la genial direccion iniciada por los nuevos elementos venidos á crear en España un núcleo de investigadores que antes no existia. Nada diremos de otros miembros del Ateneo partidarios de la doctrina conservadora; son no hemos de negarlo, personas ilustradas y competentes en diversos ramos del saber, pero poco versados en el de que se trata, y los algo extraños asertos salidos como al paso de sus labios no deben juzgarse con severidad, por faltar en ellos la condicion primera de todo delito, esto es: intencion deliberada de ejecutar actos punibles. En cambio, dentro de la izquierda destacan muy claras dos tendencias.

Es una el positivismo, iniciado allí por Cortezo y Simarro, brillantemente sostenido por ellos primero, y despues por Carracido, doctrina más tarde degenerada en una especie de materialismo, gracias á la campaña de los frenópatas y á la notable Memoria de Vera; otra el dinamismo, destinado á ejercer grande influencia en la ciencia natural y convivir en paz con las demás ciencias, explicado y sostenido durante cinco años por Serrano Fatigati en conferencias, discursos, obras, experimentos propios... y con no menor brillo y fortuna por Calderon en igual ó análogo género de trabajos.

Junto á éstos, y al nivel de los mejores, figura un orador que por primera vez tomó el año pasado parte en los debates del Ateneo, el médico y profesor de San Carlos, San Martin. Sus trabajos prácticos, las excelentes conferencias dadas en cátedra, su hermosa palabra y altura de pensamiento granjearon desde luego al eminente catedrático la simpatía de aquel público, siempre dispuesto á tributar los elogios que cada cual merece. Le citamos en este sitio, porque sus doctrinas son muy difíciles de clasificar, aunque se aproximan á las de los positivistas templados.

III

El llamado positivismo se presentó en el Ateneo rechazando la filosofía hasta hoy conocida, la actual ciencia del derecho y todos los ramos del saber que no tuvieran bases semejantes á las de la ciencia natural. No era ese positivismo prudente y respetuoso, como decia el año pasado Azcárate, en que comulgan los naturalistas de todas las escuelas inclinadas con buen acuerdo á dar mucho valor al dato experimental; era muy al contrario ese positivismo invasor, simpático á la multitud de gentes que en los pueblos meridionales gustan de declarar inútil todo lo que no se aviene con sus creencias. De estos primeros é ilustradísimos campeones hace ya años que dos no toman parte en las discusiones: Cortezo y Simarro; el tercero, Carracido, ha dulcificado mucho la crudeza de sus antiguas afirmaciones.

Mas si de los labios de los citados señores no brotan ya aquellas sentencias de muerte fulminadas contra la ciencia no experimental, la bandera por ellos algo olvidada fué recogida dos años há por los elocuentes

médicos Esquerdo, Pulido, etc., quienes sostuvieron este punto de vista en una cuestion concreta: *Las relaciones entre la frenopatía y el Derecho penal* y valientemente enarbolada durante el último curso por Jaime Vera, cuyos enérgicos acentos recordó dulcemente en el actual la bien redactada Memoria de Tolosa Latour, Secretario de dicha seccion.

Considerar la psicología como una simple rama de la fisiología animal y humana, entender que aquella suprimida, no existe más derecho penal que el dictado por los frenopatas, tales son en globo las exigentes peticiones formuladas por los partidarios de la escuela materialista, nada nuevas y originales en principio, no obstante la habilidad dialéctica y el vigor de convicción con que teorías tan audaces fueron mantenidas. Que no pecan de modestas es cosa manifiesta á los ojos de personas imparciales; que las doctrinas se han sustentado con gran copia de datos y vasta erudición lo reconocemos y confesamos con gusto. En nuestro sentir, con todo, no prosperarán en los espíritus ni imperarán en la vida humana. Influirán, pesaran sin duda en la ciencia, lograremos mediante su influjo la transformación del conocimiento actual, anunciada por los que de manera algo atenta se hayan fijado en la historia y recuerden que tal es el comun destino de todas las creencias, puesto que ni sistemas filosóficos ni escuela alguna han mantenido largo tiempo la pureza del dato inicial, fundiéndose ca la una de ellas ni una masa comua, perdiendo en la evolucion alguno de sus contornos, regrediendo y avanzando hácia su origen segun fuerzas universales y específicas, dando, en suma, nueva forma al conjunto de las que parecían llamadas á desaparecer para convertirlas luego en incasantes y renovados elementos del sincretismo entre lo nuevo y lo antiguo que en ca la fase y en cada período de la existencia de nuestra especie se reproduce.

IV

Con ropajes bien diversos se el presentó dinamismo. El primer discurso de Serrano Fatigati, en contestación á otro de Carracido, fué clara y terminante afirmación de la existencia de animadas relaciones entre los distintos ramos del conocimiento y una viva protesta contra el espíritu avasallador de ciertas escuelas.

«Aquellos que investigan en la ciencia natural, los más autorizados físicos y naturalistas de Europa, respetan los resultados que por otro camino se alcanzan; los que más exageran sus violencias contra el Derecho, filosofía, religion, etc., son literatos de la ciencia natural, no naturalistas.»

La proposición fué áspicamente formulada; pero con la lista de nombres que citó el orador, obtuvo confirmación plena. Entrando en el terreno propio de la Física sostuvo los temas con anterioridad desarrollados en conferencias y memorias publicadas en diferentes libros y apoyadas en experimentos propios, bastando á formar de los mismos clara idea las dos lecciones *Física molecular* y *Constitucion de la materia*, dadas á luz durante el curso de 1880 en la *Revista de España*.

Igual campaña emprendió también Calderon al presentarse en el Ateneo á su vuelta de Estrasburgo, en cuya celebra Universidad fué profesor ayudante, declarándose decidido partidario del mismo sentido, único compatible, en su opinion, con los modernos progresos de las ciencias fisico-químicas.

La doctrina dinámica ha tenido, pues, en su favor dos elementos para compensar con ventajas el pequeño número de sus defensores en el Ateneo de Madrid, á saber: primero, la gran autoridad que dá á los citados físicos el haber realizado y seguir realizando numerosas investigaciones personales, siendo de los pocos de quienes esto pueda decirse en España; segundo, la templanza de los temas briosamente sostenidos, pero no desarrollados en daño de las demás ciencias, unida á una gran prudencia y severidad en la admision de datos siempre aducidos, tanto en las palabras como en las obras.

Bien conocidos son en el extranjero los trabajos de Calderon sobre Cristalografía, su exámen de la *resorcina* publicado en París, sus estudios ópticos sobre las *blendas*, y aquí, en España, sus brillantes campañas en el Ateneo.

Serrano Fatigati, por su parte, pronunció hace cinco años dos largos discursos en los cuales desenvolvió el plan total de las doctrinas dinámicas, dió tres conferencias de que recordamos la tercera, con objeto de explicar las bases de la por él denominada *Microfísica*, y practicó largas series de experimentos para la constitucion de esta importante rama del saber. Además desarrolló hace dos años en el Ateneo la nueva doctrina de los aromas, las síntesis que se verifican en la atmósfera, y las orientaciones que sufren los glóbulos sanguíneos bajo la direccion de débiles corrientes en el campo del Microscopio, establecidas en trabajos originales, proseguidos en el curso actual con el curioso acerca de la formacion de los cristales, donde se marcan las direcciones dinámicas de los ejes al través de todas las perturbaciones de su masa y otros muchos parecidos estudios.

Más enérgica sí cabe que la campaña sostenida dentro del Ateneo, es la que los dinamistas sostienen fue-

ra. Tanta fé y tenacidad en los principios prueba la sinceridad de sus mantenedores y su amor á la verdad, que por tan variados caminos persiguen. ¿Acertan ó se equivocan? Simples espectadores del movimiento carecemos de autoridad para decirlo.

V

Resumamos. Si alguna vez se hace la historia de las ciencias naturales en España, la narracion de esta campaña iniciada a nuestra vista ocupará en ella preferente lugar. Mantenido con silenciosa confianza, va propagándose con una rapidez que nadie hubiera podido sospechar, dadas las las inclinaciones de nuestra impresionable raza.

En grado menor y con trabajos, que no por lo modestos carecen de mérito, han ayudado á despertar en el Ateneo por las Ciencias Naturales otros miembros de la Corporacion, como Maurelo, Adrañas, Manzanares, Fons, Iñiguez. Estimulante poderoso han sido también para muchos los discursos de un orador singularísimo, lleno de gracia y de ingenio, con cultura superior á la que quiere aparentar, y dotado de una originalidad encantadora, Zahonero.

Faltaba sólo á la importancia reconocida del movimiento el apoyo de un político de primera línea para que tan brillantes esfuerzos tuvieran la sancion de la opinion pública, y en la apertura del presente curso se ha encargado de dársela el eminente orador D. Segismundo Moret, consagrando á las Ciencias Naturales el notabilísimo discurso leído como presidente de la junta directiva.

Analiza en él rápidamente los progresos efectuados durante los últimos años por las Ciencias Naturales, y despues de examinar las doctrinas fundamentales de las escuelas, escribe: «Así ha cumplido su mision la filosofía natural. Debía atener una metafísica, y la tiene; debía formular una filosofía, y lo ha hecho...; la habéis oido, y ante vosotros está formulada. Inútil desconocerla: ante la metafísica idealista, que parece haber terminado aquel ciclo destinado al análisis del conocimiento que empezó con Manuel Kant y se ha extendido hasta Krause, se alza desdeñosa la metafísica realista, la que funda todo conocimiento en la experiencia, y niega carta de naturaleza á cuanto por ella no se pruebe; la que ha penetrado por medio de la experimentacion hasta el último punto de lo que se llama materia, y allí ha creído encontrar una base inexpugnable y un punto de partida seguro y cierto; la que con sus descubrimientos y con su vertiginoso progreso se planta enérgicamente ante el espiritualismo para pedirle explicacion de ella misma y de su realidad, ó la abdicacion completa de sus pretensiones metafísicas, ante esta nueva y potente rival que ha brotado en la conciencia humana tras una lucha de siglos como producto de los esfuerzos del espíritu humano para encontrar la explicacion de su origen y de su finalidad.»

Ocioso sería añadir cosa alguna á tan elocuente y comprensivo cuadro. Olvida los unas veces, censura las otras, los naturalistas del Ateneo sin distincion de escuelas (que todas merecen alabanza cuando se mueven como allí por el puro fervor de la verdad), y los que no las frecuentan, han continuado su camino dando ejemplo de tenacidad para la lucha y de perseverancia en sus propósitos.

Si hoy se conocen las conquistas modernas en tan importantes ciencias; si mañana aumenta la riqueza pública por la influencia de los datos recogidos, bueno será recuerden todos que gran parte de esta gloria se debe á un pequeño grupo de jóvenes que supieron no vivir al día y preparar algo en provecho de los demás.

A. STOR.

LA REINCIDENCIA

En una de las últimas sesiones celebradas por la Academia Francesa de Ciencias Morales y Políticas, el Sr. Geffroy dió cuenta de dos libros que desde Roma le enviaba el abogado Orano, para que los presentase á aquella ilustre corporacion. Titúlase uno de ellos *La reincidencia en los delitos: estudio experimental*, y como este asunto puede decirse que es ahora de actualidad en España por estar próximo á discutirse en el Congreso el proyecto de bases para el nuevo Código penal, parécenos oportuno resumir aquí lo que dijo el Sr. Geffroy al presentar la obra y las observaciones que añadieron varios académicos.

¿La reincidencia, es decir, el cometer un nuevo delito despues de una primera condena, debe llevar consigo una agravacion en la penalidad? Así le han creído casi todos los jurisconsultos, y esta opinion, que inspira todas las páginas del Derecho romano, está adoptada por la costumbre germánica y consagrada por la mayoría de los códigos modernos. Sin embargo, muchos criminalistas de este siglo, y de los más autorizados, opinan de otro modo, y Orano, apoyándose en ellos, niega la legitimidad, segun el De-

recho, y la razon de un aumento de pena en caso de reincidencia.

Como argumento en pró de la agravacion suele alegarse que la reincidencia imprime al acto renovado carácter distinto; indica una culpabilidad de naturaleza particular, no de un día, sino persistente y permanente; señala una perversidad que añade al acto criminoso un peligro real para la sociedad. Es menester, pues, imponer una pena más grave que la primera, á fin de proporcionar el castigo á la ofensa; á fin de con tener, si es posible, un impulso adquirido; á fin de proteger y vengar á la sociedad. Además la reincidencia prueba que la primera pena no ha ejercido influjo alguno en el criminal, y, por lo tanto, que ha sido insuficiente.

Orano, y los que como él piensan, razonan de otro modo. No hay derecho, dice, á imputar de nuevo el primer crimen, porque si el criminal ha sufrido la pena que por él se le impuso, el delito ha quedado expiado. No hay derecho para deducir de dos acciones semejantes, realizadas en tales ó cuales circunstancias, la futura é infalible realizacion de una tercera accion ó de otras muchas de la misma naturaleza, en circunstancias quizá completamente distintas.

Decir que el reincidente es en adelante, no ya so o un culpable, sino un perverso, es introducir una consideracion de orden puramente moral, pero de ningun modo de orden jurídico.

Decir que el reincidente ha quedado insensible á la primera pena, es aventurar una afirmacion temeraria que solo podría autorizar la confesion reflexiva y conorde de la conciencia del condenado. Afirmar que la primera pena ha sido insuficiente, suscita no pocas cuestiones. En primer término, si ha sido insuficiente, débese quizá á haber sido mal impuesta ó mal aplicada. ¿Ha cumplido la sociedad todos sus deberes con el culpable? ¿Le ha ofrecido, con la insistencia y precision necesarias, todos los medios de enmendarse? ¿No ha podido contribuir, por ejemplo, el sistema de prisiones á hacerle recaer en el crimen, en cuyo caso una parte al ménos de la nueva culpa, debería imputarse á la sociedad?

Quisiera Orano borrar de los Códigos los artículos que tratan de la reincidencia. El Código penal belga de 1867, declara que la reincidencia no constituye nuncá una circunstancia agravante necesaria; concede á los jueces el poder de decidir, si en cada caso particular, la justicia ó la necesidad aconsejan la agravacion. El Código penal del imperio alemán de 1871, no trata de la reincidencia en su parte general; habla de ella en la parte especial, con motivo de cada uno de los delitos. El profesor de Derecho penal de la Universidad de Lieja, Nypels, cree que las leyes penales francesas son en este punto, como en otros muchos, excesivamente rigurosas. A su entender, el último y reciente proyecto de deportacion de los reincidentes es muy simple, muy radical y muy draconiano.

Terminada la exposicion del libro por Geffroy, Arthur Desjerdus dijo que no por día compartir las opiniones del jurisconsulto italiano acerca de la reincidencia. Dicen éste que el aumento de pena en caso de reincidencia, reposa sobre una confusion entre el derecho y la moral; el legislador no considera, para agravar la pena, sino la perversidad progresiva del delincuente, y desconociendo su fin, funda el castigo en este estado moral. A juicio de Desjerdus, los que así hablan incurrer en error. Todo el sistema penal básase sobre la combinacion de la idea de justicia con el interés social. La justicia exige que se castigue á los culpables; la sociedad se encarga de castigarlos, porque el crimen ha puesto en peligro su seguridad y á un su existencia.

La reincidencia produce una turbacion particular en el mecanismo del cuerpo social; el criminal reincidente prueba que el primer castigo que se le ha impuesto, no ha ejercido sobre él accion aflictiva ni accion moral. Es imposible que la sociedad no sienta este fracaso de los medios empleados para corregir al culpable, y no trate de parar el peligro que crea. Solo ignorando lo que pasa en las grandes ciudades, puede desconocerse que los reincidentes se conciertan, se coligan y forman el núcleo de temibles partidas de malhechores; así se comprenden y se explican los recientes proyectos de ley, que tienden á poner á estos criminales empedernidos en la imposibilidad de dañar á la sociedad. Hay aquí una verdadera cuestion de *defensa social*.

Verdad es que á esto responde Orano, que la sociedad no tiene derecho para hacer responsable de la reincidencia al reincidente. Porque la pena no haya producido el efecto que de ella se esperaba, ¿es menes-

ter imputarlo al condenado? No sería quizá más acertado acusar al sistema penitenciario? Si la sociedad no sabe imprimir carácter efectivo al castigo, ni enmendar á los culpables, suya es la culpa.

Desjerdius sostiene, por el contrario, que no depende del cuerpo social corregir una voluntad perversa, y que el mejor sistema penitenciario puede fracasar ante el mal uso del libre albedrío. Además, el legislador no puede cruzarse de brazos y reconocer que no halla á quien imputar las reincidencias, porque el sistema penitenciario que ha organizado, no puede corregir á nadie, él, antes que nadie y más que nadie, debe respetar su obra. Tomará, pues, en serio su sistema penitenciario, lo cual no ha de impedirle mejorarlo, y procederá, en consecuencia, en la represión de los delitos.

También combatió Block las opiniones de Orano sobre la reincidencia. El derecho de castigar que la sociedad tiene, reposa, á su entender, únicamente sobre el derecho de defenderse ó de protegerse; los medios que emplee, es decir, la fijación de las penas contra los actos agresivos es una cuestión de apreciación. Si el criminal, puesto en libertad, vuelve á incurrir en un delito, es señal de que la pena no era lo bastante fuerte para producir el efecto que se deseaba. El juez, por consiguiente, que representa á la sociedad, le impone más penas. Este segundo juicio descansa sobre el mismo derecho, sobre el mismo código que el primero, y si se niega el uno se niega también el otro.

Si el legislador tiene derecho para señalar penas, no se le puede negar también el derecho, y aun el deber de graduarlas, es decir, de hacerlas proporcionales, y el sentido común dice, que cometer muchos crímenes ó delitos, es dar prueba de mayor perversidad que cometer uno solo. La sabiduría popular lo ha dicho: «Una vez no hace costumbre;» y para todo el mundo la *costumbre* es una agravación.

Digan lo que quieran los académicos franceses, la verdad es que la argumentación de Orano tiene más fuerza de lo que parece, dadas las doctrinas reinantes sobre la naturaleza cuantitativa de la justicia penal y sobre el libre albedrío. Para justificar el aumento de pena á los reincidentes, es preciso emprender otros caminos, ya valientemente iniciados por la escuela italiana de antropología criminal.

Esta cuestión de reincidencia, una de las más graves y más importantes del Derecho penal, ha sido y es hoy día en el extranjero objeto de muchos trabajos y estudios estadísticos y de todo género, y figura entre los temas que han de discutirse en el «Congreso de Antropología criminal,» que se celebrará en Turin en Octubre del año próximo. De suponer es que el ministro de Gracia y Justicia español haya tenido presente todos estos trabajos al redactar su proyecto de Código penal.

V.

LA UNION HISPANO-AMERICANA

CONTINUACION DEL CAPITULO II

Geografía topográfica é historia de Méjico

Yucatan, último de los Estados orientales é importante, limita al N. con el golfo de Méjico, al E. con el mar de las Antillas, al S. con Guatemala y al O. con Chiapas.

Este país es llano, y únicamente perturba su llanura algún monte de poca elevación y colinas; se cultiva el palo campeche y la caoba, y da miel, cera, algodón y telas, habiendo también abundancia de cochinilla, comercia con el ámbar, que lo exportan en grandes cantidades; sus costas están llenas de malvavisco; el clima es cálido y salubre, pero muy seco, hasta el punto que hay épocas en que la sequía es considerable y tienen que guardar el agua en cisternas para tener para el resto del año; esto lo hacen los dueños de las fincas con el objeto de que nunca les falte tan importante artículo de la vida.

La capital, Mérida, que tiene 40.000 almas, tiene de notable el palacio del gobernador, la Catedral, y en sus alrededores se hallan las inmensas cuan ricas minas, que mantienen muchos obreros. Chichen, la más importante de ellas, situada al E. de Mérida; Campeche, sobre el río de San Francisco; esta ciudad es importante, pues de ella toma el nombre el palo campeche, que exporta en grandes cantidades, así como la cera y telas de algodón. Valladolid, al S. E. de Mérida, es célebre por sus algodones. Ticul; es esta una ciudad donde el hombre aficionado al bello sexo podría recrear su vista. Es un pueblo tan rico en bellezas como las altas mesetas de Michoacan en precioso metal: allí la mujer es de unas facciones tan delicadas y unas formas tan atractivas, que si no se vieran nacer creerías que, como Venus, se había formado de las azules olas de los mares. Esta ciudad tan sólo es importante y célebre por la mujer, que ya es bastante.

El Yucatan país que es célebre en la historia de la conquista mejicana, asombró á los que por primera vez llegaron á aquellas regiones; desde mar adentro, sus ciudades, como eran de construcciones de piedra, hacia un aspecto maravilloso pues entre el ramaje virgen de un bosque, se divisaba una ciudad del siglo xv con lujo, y, por último, cuando saltaron á tierra Solís y Yañez Pinzon en 1506, fué cuando comprendieron que era un pueblo civilizado, para lo que en relación debían estar.

De maravilloso, es digno de mencionarse que en la embocadura del río Legaitos, entre las olas azules y saladas del mar, brota un manantial de agua dulce, cuyas aguas, al salir de entre las maritimas se distinguen por lo claras, formando un conjunto, de plata y azul.

La isla Conimel, á poca distancia de la costa y al S. E. de Valladolid, es conocida por la originalidad de que cuando llegaron á ella los españoles encontráronse que, en vez de adorar algún idolo de figura rara y repugnante, adoraban una cruz de madera, su único Dios, y que, al parecer, tenían gran fé; así es que, es de suponer, que ellos, sin saberlo, adoraban al mismo Dios que los cristianos, por cuya causa se bautizaron en seguida y se confirmaron en nuestra religión, que, por lo ménos, tenía alguna analogía con la suya: el símbolo del Redentor del Mundo.

En la parte Sur del Yucatan, perteneciente á la Confederación mejicana, se encuentra una colonia inglesa, á la que se le da el nombre de Yucatan inglés; en esta colonia se encuentra un peligro eminente para el Yucatan mejicano-español, pues Inglaterra lleva unas miras importantes para su comercio, que consiste en apoderarse de la parte S. del golfo de Méjico, para que, de este modo, pueda servirle el Yucatan, hoy perteneciente á Méjico, como de inmenso almacén para su comercio con las Américas y quitar la exportación del azúcar á Cuba, único mercado que hoy puede tener la Gran Bretaña, y que, de otro modo, tendría siempre en esa parte de Méjico un granero ó almacenaje de sus productos para la exportación, siéndoles más fácil á ella y á las Repúblicas hispano-americanas, pues no tendrían que acudir á Europa por ciertos productos. De este asunto trataremos más adelante, por ser de gran importancia para el comercio español.

Las Honduras inglesas ó el Yucatan inglés, bañadas por el golfo de Honduras, es esta colonia el asiento del palo campeche y caoba, así como también de otras maderas de construcción y tintoreras. La ciudad de Balvia es muy importante para Inglaterra por su comercio, pues desde ese pequeño terreno se exportan á toda la América los productos de las manufacturas inglesas; visto esto que no teniendo las islas británicas más que la parte S. del Yucatan realiza tan pingües ganancias para su industria, si poseyese todo el Yucatan y dueño del Estrecho del mismo nombre, ocasionaría una gran pérdida á los productos de la isla de Cuba.

Chihuahua, Estado situado al S. de Nuevo Méjico y al O. de Cohahuila, está formado por una meseta arenosa, pero muy fértil en las orillas del Río Grande del Norte, en cuyas riberas véñese crecer hermosos productos, haciendo pintoresco el paisaje; pues entre la diversidad de las plantas que salen á flor de tierra corre el ancho y caudaloso manantial que lleva la riqueza con sus aguas y la alegría con su serpear de plata. En las tierras cercanas á él se cultiva el trigo, el maíz y ricas frutas; hay también, aunque no á orillas del Río Grande, vinos generosos, y en el paso del Norte es un país delicioso, pues las montañas se cubren de arbustos de diferentes especies, como son el roble, pinos, arces, y por entre ellos salta el ágil carnero salvaje y el ciervo, así como se deja también oír el fiero rugido de la fiera.

Chihuahua, la capital, es una ciudad hermosa, con bellos edificios, y con especialidad sobresale majestuosa la Catedral, que puede considerarse como una joya arquitectónica, y, sin equivocarnos, podemos decir que es una de las mejores que existen en Méjico; sus alrededores son ricos, pues de las venas de sus tierras sacan la plata, precioso metal que es muy explotado. Santa Rosario de Cosiquiera es importante por la plata. Este pueblo está constantemente en alarma, porque los apaches, raza india que habita aquellas montañas, son dados á las armas y están aguerridos; llevan por armas unas flechas largas que atraviesan á un hombre á larga distancia. Estos hombres son de buena estatura y no mal formados; su odio es muy grande hacia los blancos. Cohahuila; este país limita al N. con Tejas y el Río Grande; al E. con Nuevo-León; al S. con Zacatecas, y al O. con Chihuahua.

Este Estado es montañoso, pero todo su suelo está bordado de bosques, donde se cria profusión de maderas, y están regados por el Río Grande. Estas tierras son buenas y fértiles y dan cereales variados y vinos excelentes; en sus campos se cria el ganado en abundancia, pues hay tierras dedicadas para pasto, y especialmente los caballos; el clima templado.

Saltillo, ciudad conocida por ser la capital, con 20.000 almas; Santa Rosario, y Parras, célebre en buenos vinos. Este Estado suma unos 104.000 almas.

Nuevo León: el país que entramos ahora á estudiar es minero, pues encierra en sus venas la plata, el plomo, la sal-gema y manantiales salados; el suelo es fértil y crecen allí maderas de construcción, y con especialidad tintoreras, y pastos en abundancia, que dan el sustento á miles de cabezas de ganado. Este Estado limita al N. con el Río Grande, al E. con Tamaulipas, al S. con el mismo Estado y al O. con Cohahuila.

La capital, Monterrey, con 15.000 almas, tiene de notable el Seminario y las minas de oro y plata en sus alrededores. Los pueblos Linares y Pilon son mineros, y todos, ó la mayoría de los habitantes de Nuevo-León, que suman un total

de 190.000 almas, se dedican á la explotación de las minas.

Durango limita al N. con Chihuahua, al E. con Zacatecas, al S. con Talisco y al O. con Sinaloa. Está situado en un valle que se corre hacia Chihuahua y Cohahuila; posee minas de oro y plata, plomo y azufre; en la parte N. E., entre Mipimi y Chihuahua, se encuentra un vasto territorio completamente desierto.

Victoria, ó Durango, la capital, situada en Sierra-Madre, con 27.000 almas; su aspecto es delicioso, pues se levanta sobre el nivel del mar unos 3.000 metros: sus edificios son de buenas condiciones, pero no se encuentra entre ellos ninguno digno de llamar la atención del viajero; la capital comercia con ganado, cueros y otros productos; pero como en la generalidad, por no decir todas las capitales, de los Estados confederados, en sus alrededores se encuentra la mina de plata, cuando no también la de oro y el plomo. Los pastos son aquí buenos, y á esto se debe la abundancia de ganado. Esta ciudad fué fundada por encargo del virrey de España, por Alonso Pacheco, en 1517; las ciudades notables son: San Juan del Río y Hombre de Dios, muy conocida por sus minas; rara es la ciudad que en sus alrededores no encierra minas de mayor ó menor consideración.

Los comanches; son éstos los indígenas que corren sus bosques y están prestos al combate. Estos hombres, de fisonomía no desagradable, hacen correrías muy a menudo por los campos, y se llevan á sus guardias el carnero que paca ó el caballo que reposa atado de un árbol las fatigas de algunas horas de camino del guarda de alguna finca. Estos indios, no sólo caen sobre Durango, sino que también van sobre los Estados vecinos, como Chihuahua y Cohahuila.

RAMON DE SANJUAN.

MAMA Y EL NENE

PRIMER DIÁLOGO DE LA CUNA

(A mi amiga Doña Emilia Martín, en el nacimiento de su hijo Sertorio.)

M. — ¿De dónde viene mi niño?

¿Niño, de dónde viniste?

N. — Del sol, del mar, del carriño,

De la nieve, del armiño

Y de cuanto puro existe.

— ¿Quién te dió esos ojos? Dí.

— Como al descender te vi

Tan linda al través del cielo,

Traje parte de aquel velo

Por seguir viéndote así.

— ¿Por qué en tus pupilas bellas

Hay de luz rápidas huellas?

— Al rasgar del cielo el tul,

Cayeron chispas de estrellas

En mi fragmento de azul.

— ¿Y esa lágrima que yo

No quisiera ver en tí?

— Esa me esperaba aquí,

Y á los ojos me saltó

Apenas los entreabri.

— ¿Por qué tan tersa tu frente?

— Pasó una mano clemente,

Que aun no sé cómo se nombra,

Por mi rostro blandamente

Para quitarme una sombra.

— ¿Y esa risa de placer

Tan viva, qué viene á ser?

— El aleteo del beso

Que un ángel me dió al nacer

Y dejó en mis labios preso.

— ¿Quién enciende tu mejilla

como la rosa que brilla

Al beso del sol?

— ¡La gloria!

Rayos de su maravilla

Que atraviesan mi memoria.

— ¿Y esa oreja nacarada

Que no me canso de verla?

— Mamá, tu palabra es perla,

Y esta concha, preparada

Traje para recogerla.

— ¿Y esos brazos y esas manos?

— Son los anillos tiranos

Con que esclaviza mi amor,

Cadena que sin dolor

Me unirá con mis hermanos.

— ¿Y de dónde, ó mi consuelo,

Esos piés, que son dos galas,

Sacaste, impropios del suelo?

— De donde sacan sus alas

Los querubines del cielo.

— ¿Tanta vida y tan preciosa,

Cómo ha sido armonizada

Para hacer lo que eres hoy?
—Un Dios contempló mi nada
Y al punto fui lo que soy.

—¿Cómo tú, gracia y bondad,
Pudiste caer así
En un mundo sin piedad?
—Dios lloró tu soledad
Y por eso vine a ti...

TRISTAN MEDINA.

Boche-Buena de 1884.

ORGIA DE DOLOR

¡Quién lo había de pensar!
¡Quién lo pudiera creer!
Al fin, alma de mujer,
inconstante en el amar,
tornadiza en el querer.

Apenas ha principiado
nuestro amor tierno y profundo
por la pureza engendrado,
cuando por el vicio inmundo
lo contemplo mancillado.

Ayer, un amor sin tasa:
más que amor, idolatría
cual la que mi pecho abraza.
Hoy... —¡Pero como se pasa
dol amor a la falsía!

Y ya, ¿qué te he de decir?
Tu voz me parece oír,
y tu rostro pienso ver,
y esto, que fué mi placer,
ahora es mi amargo sentir.

Mas ha de ser pasajera
mi tristeza, ¡asi lo quiero!
Prosigue, pues, tu carrera
con proceder tan artero
y propio de una ramera.

Que yo juro, por mi honor,
que he de recobrar la calma
que perdí con tu impudor,
y que he de alzar en mi alma
un nuevo templo al amor.

Sigue, por tanto, esa vida
de continua carcajada.
Mira con procaz mirada:
besa como una perdida
y... ¡viva la mascarada!

¡Adelante el Carnaval!
Yo brindo por ti, Maria:
tu copa es esa, la mía
es esta. ¡Gran bacanall!
¡Que nunca acabe la orgia!

FEDERICO ORTEGA DE LA PARRA.

29 de Noviembre de 1884.

EL MARQUÉS DE POMBAL

(Continuación) (1)

En esta parte, el decidido marqués obraba bajo la preocupación de sustraer la vida económica de su país al monopolio británico, acudiendo á todos los medios para levantar su riqueza y su crédito, al mismo tiempo que denunciaba y rompía aquel tratado de Methuen de 1703, que muchas veces han invocado los proteccionistas para combatir las tendencias favorables al libre cambio, con el ejemplo de la positiva ruina en que precipitó á Portugal; error insigne, porque el tratado en cuestion léjos de inspirarse en un sentido de expansion, ni siquiera en el sentido de los tratados europeos de comercio de 1860, no tuvo otro fin que el de monopolizar el mercado lusitano para la fabricación inglesa de lanas y paños, á cambio de ciertas franquicias concedidas á los vinos portugueses en Inglaterra. Por este medio salieron perjudicados Inglaterra y Portugal. Aquella, porque mermó su comercio con Francia, cuyos vinos resultaron muy castigados, y que luego pensó en las represalias; y éste, porque quedó sometido á la concurrencia exclusiva de la Gran

(1) Véase el número del 28 de Junio.

Bretaña, sin poder encontrar en otros países medios para abaratar la producción similar nacional y competir con los ingleses. Pombal, pues, tiró á emancipar á su país de esta verdadera explotación y á aproximarle á Francia, por leyes comerciales de cierta generalidad, al propio tiempo que prodigaba auxilios á la industria nacional, pretendiendo suplir la deficiencia de los portugueses, acobardados ó pervertidos, con la iniciativa y el poder del Estado.

Esto último era un error crasísimo. Lo otro hubiera producido mejor efecto, á no venir las complicaciones de la política; esto es, la alianza de España y Francia por el *Pacto de familia*, á obligar á Portugal á volver á la intimidad con Inglaterra, y por tanto, á inclinarse bajo su protectorado.

En cambio, de Pombal también fueron y subsistieron, después de su ruina y su muerte, medidas tan bien inspiradas como la abolición de las leyes suntuarias; la reversion á la Corona para su eficaz explotación, de grandes extensiones de terreno donadas indebidamente á familias poderosas en Africa y América; la supresión de la inmunidad para el fisco de las fincas de nobles y eclesiásticos; la organización del Tesoro público, etc., etc.

Pero sobre todas estas reformas, de valor y mérito tan diverso, todas de cierto carácter temporal y local, hay que poner otras de muchísima mayor trascendencia y de una generalidad y un sentido que quizá son las que verdaderamente recomiendan al célebre marqués, como un hombre del porvenir, más todavía que como un estadista de su tiempo. Porque no os habrá sido difícil advertir que hasta aquí hemos asistido á dos clases de empeños políticos, inspirados en el propósito de robustecer la autoridad y la acción del Poder Monárquico, bien por puro amor á esta institución, bien para hacer de ella un instrumento irresistible del progreso del país; y empeños financieros y económicos inspirados en el deseo de emancipar á la Nación de la tutela extranjera, inglesa y romana, así como de los privilegios señoriales y clericales. Ahora vamos á fijarnos en aquellas otras resoluciones cuyo fin directo es el progreso mismo de Portugal; su relación con la sociedad culta de su tiempo, el interés de la civilización, y en una palabra, de la humanidad. De esta suerte, Señores, veo yo la reforma colonial; la ley *Da bo aração* de 1769, y la secularización y organización de la enseñanza.

Por mucho tiempo ha sido flaqueza de casi todos (de todos pudiera decirse) los revolucionarios y grandes reformistas de las naciones europeas que poseen en remotos países factorías, colonias ó dependencias, limitar su acción, cuando la hora de las reformas ha llegado al territorio de la Metrópoli, dejando por condescendencia, error, petulancia ó miedo, subsistir allende los mares, no solo el espíritu de las instituciones, si que las instituciones mismas que aquece combaten y al cabo destruyen.

No pretendo explicar las causas de este fenómeno; quiero limitarme á dos cosas. La primera á hacer notar el profundísimo error que tal política entraña, y la segunda á demostrar, y esto simplemente con una mera indicación histórica, los fatales resultados que para la Metrópoli ha producido, *siempre*, aquella flaqueza. El olvido de las reformas coloniales implica de un lado el conocimiento de la economía del mundo moral, donde la armonía es quizá la primera ley, y de otra parte el menosprecio de esa fuerza irresistible, que así en el orden de las ideas como en la esfera de los hechos, impone soluciones y anula la voluntad de los hombres; la fuerza de la lógica.

Cuando el espíritu de la tradición es herido, con mano tan enérgica que sólo es dable esperar la muerte, instintivamente aquel busca en torno suyo un complaciente pliegue donde refugiarse, mientras que el genio de la reforma recorre el trayecto que corresponde al empuje de la acometida y se ufana y gallardea con la victoria alcanzada. En aquel refugio se restaña la sangre, se rehacen las fuerzas, y sobre todo, se calculan los medios y se toman las formas compatibles con las flamantes mudanzas, de suerte que los antiguos monopolios, corrupte-

las, preocupaciones, errores ó lo que sean, puedan volver á ejercer cierta influencia sobre la sociedad, siempre poco predisuelta á novedades, que por lo pronto se traducen en desequilibrio que al comun de las gentes disgusta y aún aterra.

De aquí que todo reformista debe contar con las pérdidas que su obra ha de sufrir pasados el primer efecto y el entusiasmo de los primeros días, con tanto mayor motivo cuanto que es imposible en un momento dado, en una determinada época, remover hasta los cimientos y renovar totalmente la sociedad. Siempre pues, le queda amparo y esperanza al espíritu de la tradición, aún en los periodos más violentamente revolucionarios. Siendo esto así por lo comun ¡qué importancia no tendrá el mantenimiento del *statu quo* en las colonias; mientras en la Metrópoli son atacadas y vencidas las ideas que en hora propicia han producido las condiciones generales de la vida metropolitana y de la colonial!

Sucede entonces, señoras, una cosa naturalísima. Los intereses aquece derrotados se refugian allende, y en las colonias se nutren y desarrollan á la clara luz del día, como si nadie se les hubiese presentado en el camino, y aprovechándose de la enseñanza que los sucesos de la Madre Pátria les proporciona, se extreman para ahogar en aquellas comarcas, en aquellas jóvenes sociedades todo espíritu de protesta, todo germen de cambio, todo elemento de perturbación y de reforma que desatendido ó olvidado, al fin les proporcionaría la misma suerte que habían corrido en la Metrópoli. Así viven y así medran hasta que llega la hora de la reacción de las colonias sobre las Metrópolis, coincidiendo quizá con la de la reaparición de los elementos antiguos, más ó menos modificados, en la superficie de la madre pátria. Y entonces ¡ay! de las nuevas ideas, de los nuevos intereses, de las flamantes reformas.

Dígalo Inglaterra, España y Portugal mismo. ¿Quién ignora que la política represiva, antiliberal, autoritaria que los gabinetes wighs del tiempo de Jorge IV de Inglaterra realizaron en los negocios de América hizo posible la reorganización del viejo partido tory, deshecho por el fracaso de la última tentativa jacobista, y que acentuándose las cosas al cabo, y dentro de un periodo de menos de quince años, esa misma política determinó no sólo una serie de graves conflictos para la libertad británica, como el proceso Wilkes, y la intervención directa del monarca en las cuestiones parlamentarias, si que la ruina del bando wigh y la subida al poder del célebre Lord North? Y respecto de España ¿quién ignora que los hombres más rehacios en punto á reformas ultramarinas, los que impidieron su planteamiento en 1801 y 1820, los que con más energía combatieron el movimiento liberal allende el Océano precisamente en la época de más entusiasmo liberal aquece el Atlántico, fueron el célebre Lardizabal (de la Regencia de Cádiz), el Obispo de Orense, el general Elío, el famoso Morillo, el general Eguía, el conde de Toreno y, en fin, los hombres más caracterizados de la reacción absolutista y conservadora.

Y en Portugal mismo, en el periodo de 1820 al 23 los que influían más rabiosamente en la actitud de las Cortes democráticas de Lisboa frente al Brasil, los que empujaron á aquellas con más brío á la política anti-liberal que dió de sí, como en Inglaterra y en España, la pérdida de las Colonias, ¿no fueron precisamente los que después utilizaron este fracaso contra los liberales y los que contribuyeron á restaurar el absolutismo en la Metrópoli lusitana?

Ah ¡Es que lo semejante llama á lo semejante, y no es racional, ni justo, ni lógico que se gobierne con un doble y contradictorio criterio. La libertad aquí la reacción allí... imposible. Acá la reforma, el progreso, el porvenir: allá la tradición, la oscuridad, el estancamiento... ¡locura! Lincoln bravamente lo decía al decretar la emancipación de cuatro millones de negros: «Un pueblo no puede ser mitad esclavo, mitad libre: ó todo libre ó todo esclavo.»

Pombal vió esto claro, y la cosa era tanto más grave cuanto que la política colonial portuguesa, era la política latina, la que entiende

á hacer de Colonias y Metrópoli un sólo pueblo. Por tanto el gran marqués comprendió que su obra de este lado del Océano, quedaría en el aire si permitía á sus enemigos el refugio de las colonias. De aquí su reforma colonial: la mayor y más trascendental hecha en el vecino reino.

La colonización portuguesa esquizó la fase más esplendorosa y positivamente la más singular é inverosímil de la vida lusitana. Apenas la imaginación concibe lo que Portugal hizo en poco más de ciento cincuenta años. Sus navegantes corrieron todos los mares: sus exploradores todas las costas: sus traficantes todos los mercados: sus soldados todos los campos. Nada les aterró: nada les impuso. Pelearon con los africanos de Oriente y Occidente, con los indios de Asia, con los piratas de Sonda, con los árabes, con los egipcios, con los venecianos; con todo el mundo. Y por un instante Lisboa ocupó el lugar de Alejandría y de Génova, antes de pasar el cetro del comercio á Amsterdam y Londres. ¡Y que todo esto lo hiciera un puñado de hombres, que para vivir sólo tenían aquella estrechísima faja de tierra, del extremo de Europa, amenazada por las lanzas castellanas y contenida por las furiosas olas del gran Océano!

El procedimiento portugués fué distinto en Africa y Asia que en América. Allí trató sólo de apoderarse del comercio: aquí tomó en serio la empresa de dominar una comarca, explotar sus riquezas y crear una sociedad. Así es que el empeño de los Vaco de Gama, los Almeida y los Albuquerque, no fué precisamente adquirir grandes extensiones territoriales: importábase más establecer factorías y puestos militares y navales, desde los cuales pudiera influir en los príncipes africanos y asiáticos, dominar los mares, y recoger todas las especies de Oriente, llevándolas por el Cabo de Buena Esperanza á Lisboa, bien á pesar de los genoveses y venecianos que por Suez habían querido y logrado hacer lo mismo. Ciertamente que, al fin, Portugal después de muchas y reñidísimas luchas se encontró dueño de reinos y vastas comarcas; pero esto fué resultado de las circunstancias más que de su propio deseo. La oposición de muchos indígenas forzó á Portugal á su conquista; pero aún después de esto, siempre quedó por cima el espíritu esencialmente mercantil de su empresa.

Era una de sus primeras condiciones poner todo el tráfico entre Lisboa y el Oriente bajo la dirección de la *Casa da India* de aquella ciudad, reservándolo exclusivamente á los portugueses, los cuales tenían que proveerse de una licencia, por lo general valedera por un año, que concedía, mediante ciertos derechos y con ciertas cláusulas el gobierno de Portugal, obligado, por otra parte, á escoltar con sus famosas carracas los barcos particulares que iban ó venían en convoy, de Goa. En esta plaza, centro de todo el imperio oriental lusitano, se acaparaban las codiciadas mercancías del mundo asiático, lo cual se obtenía por el privilegio alcanzado de los príncipes indígenas de que sólo á los portugueses habían de ser vendidos ciertos géneros: amen de la condición impuesta á los primeros de no permitir en sus puertos y territorios á los enemigos de Portugal y de no traficar con extranjero alguno sin conocimiento y aún sin licencia de los agentes de Lisboa.

Además, el transporte de las mercancías adquiridas, conforme á cierta tarifa, por el Estado en las comarcas orientales sometidas á príncipes indígenas tributarios ó simplemente amigos de Portugal, se verificaba sólo por los barcos del Gobierno lusitano, el cual los cedía en Goa con cierta prima á los particulares. Por último, el gobierno portugués se había hecho cargo de la policía de los mares indios, y á pretexto de limpiarlos de piratas, el resultado era que por ellos nadie navegaba sin especial permiso de aquel. A todo lo cual había que añadir los tributos que por razón de vasallaje, en grados diversos, pagaban á la corona lusitana hasta ciento cincuenta príncipes de Africa y Asia, y los derechos de aduana con que era gravada la importación y exportación de todos aquellos géneros cuyo comercio se reservaba absolutamente el Estado, á modo de los famosos estancos españoles. Tales eran los tiques esenciales

de la vasta empresa lusitana, y así corrieron las cosas hasta mediado el siglo décimo sexto; es decir por espacio de cerca de cincuenta años.

Pero la obra iniciada por Vasco de Gama y Cabral, desarrollada por Francisco Almeida, y llevada á su último grado de esplendor por Alfonso Albuquerque, el verdadero héroe de Camoens, á poco se cuarteó amenazando ruina, quizá porque era poca base el Portugal del siglo décimo sexto para tan extraordinaria mole. A Goa fué la Inquisición, y la intolerancia religiosa cometió en el Oriente crímenes sin cuento. El espíritu guerrero, no contenido ya por la conciencia del empeño que tan soberbiamente había dominado Albuquerque, lo convirtió en una mera aventura, y sin pretexto ni objeto corrió la sangre y se impuso exclusivamente la política de la fuerza. Sobrevino la inmoralidad más escandalosa: los soldados de Portugal, olvidándose del interés de la patria, redujeron su estancia en Oriente á la explotación brutal y escandalosa del país para un sólo particular provecho. Así es que en tiempo de Juan III, nada aprovechaba al Estado de las rentas de Oriente y á poco los capitanes y los gobernadores de aquellas lejanas comarcas, después de combatir con intrigas en la corte de Lisboa, llegaron á las manos en las mismas colonias, dando el escándalo consiguiente y alentando lo indecible á los indígenas para levantarse contra el corrompido invasor y á los extraños para atacar al monopolio que de los mares y del comercio oriental venían ejerciendo los portugueses. En vano Juan de Castro, ayudado por San Francisco Javier quiso contener el derrumbamiento del edificio; pues su administración de cuatro años fué sólo un paréntesis, seguido de las turbaciones mayores conocidas en la India, que conjuró, también por breves momentos (otros tres años) en el reinado del fanático don Sebastian, el bravo Luis de Ataíde.

El Imperio oriental portugués estaba herido de muerte, cuando Portugal fué engarzado en la corona de nuestros Felipes. Era lo único que faltaba para su ruina; y del tal suerte ésta se precipitó que no falta historiador que aventure la especie de que semejante pérdida no estuvo fuera del deseo del rey español, celoso por sus colonias de Occidente y prevenido contra todo lo que diera de cualquier modo fuerzas á Portugal, nunca por completo sumiso, para rehacerse é intentar, como al cabo intentó y consiguió, su independencia.

Pero desde el instante en que el pabellón español flotó sobre las colonias lusitanas, los mares indios y las posesiones de Lisboa fueron objeto de las expediciones de los enemigos de España, singularmente de Inglaterra y sobre todo de Holanda, que por aquella fecha luchaba brava y felizmente por su libertad contra los Felipes españoles. Antes de concluir el siglo XVI, el holandés Houtman había ya doblado el Cabo de Buena Esperanza y recorriendo el litoral africano, esmaltado de factorías y fortalezas portuguesas, había llegado al Asia llena de odio contra los hombres de Lisboa. En 1597 el pabellón holandés ondeó sobre Java y el siglo XVI terminó con la exaltación de Amsterdam sobre las ruinas del mercado del Tajo. A poco, en 1.600, se constituía la Compañía de las Indias Orientales de Inglaterra. El mundo oriental se escapaba al espíritu latino; y así es que al concluir el período español de la historia portuguesa (1583-1640), aquellos sesenta años que no sin razón llaman nuestros vecinos, *de esclavitud* y que tanto obstan á la realización de la fecunda é inexcusable idea del ibe-rismo, Portugal se halló reducido á nueve puertos en Asia y la costa occidental de Africa; lo demás había caído en poder de los enemigos de España ó de los mismos príncipes indígenas africanos y asiáticos. Ya ni sombra quedaba del Imperio del siglo décimo sexto; y aquellas arruinadas factorías, aquellas ciudades pobres y despreciadas que el tratado de Munster de 1648 devolvió á D. Juan de Braganza (el restaurador de la monarquía y la independencia lusitana), aquellos escasos restos de una grandeza inverosímil, al compararla con la miseria presente apenas merecieron la atención de los portugueses, á la sazón preocupados con las riquezas del Brasil, donde las armas de Holanda no habían

podido apartar la voluntad de los colonos de la maltratada y abatida Metrópoli.

En tales condiciones llegaron las colonias portuguesas de Asia y Africa á la época de Pombal. Todavía en el segundo cuarto del siglo XVIII habían ocupado un tanto la vista del gobierno lusitano los asuntos de la India, con motivo de la expedición que uno de los príncipes indígenas, el Maratta, había dirigido contra aquella parte de la dominación portuguesa, donde estaban Bacaim, Chaul, Damao y Diu y que se llama todavía hoy, la *provincia do Norte*, de lo cual siguió una guerra algo accidentada y muy poco feliz por parte de los europeos en los tres primeros años, pero que terminó al quinto (en 1752) en provecho de los portugueses, previos sacrificios no escasos para enviar á la India desde el Brasil al marqués de Louriçal con diez á doce mil hombres. Más no por esto, y con la derrota del Maratta, lucieron días tranquilos para la India. Los soldados portugueses incesantemente tenían que sostenerse con las armas en la mano; las costas orientales estaban asediadas por piratas; y los ingleses y franceses no dejaban pasar ocasión de extender sus dominios y de suscitar dificultades á los señores de Goa.

Pombal, sin desistir de la empresa militar, trató de proporcionar otra base que la de la fuerza, la intolerancia y la explotación al ya exiguo imperio portugués de Oriente. A este fin celebró un tratado de paz y alianza con el rey indígena de Sonda; se devolvieron algunas plazas conquistadas á otros príncipes indios; se hizo la paz definitiva (en 1766) con el Maratta y se acreditaron dos representantes ó agentes consulares de Portugal, ó mejor dicho de Goa, en el flamante y vecino establecimiento francés de Pondichery; y si bien es cierto que en este período se dá el triste suceso, único en la historia colonial lusitana, de haber caído prisionero y sido muerto por sus enemigos un virrey (el conde de Alva, en 1756) y por más que la generosidad de los portugueses fuese al principio mal recompensada por los orientales, quizá pérfidos por carácter pero quizá también por las continuas lecciones que de falsía y crueldad les habían dado los europeos en un lapso de tiempo de cerca de dos siglos y medio, ello es que á la postre el pabellón de José I volvió á tremolar en las plazas recientemente perdidas y hasta 1799 gozaron aquellas siempre perturbadas posesiones, una tranquilidad y un desahogo de todo punto imprescindibles para que su administración se regularizase y de algún modo se contuviera su visible ruina.

De otra parte Pombal limitó el Virreinato ó Gobierno de la India al Oriente propiamente dicho, y contrayendo á él la atención instituyó la Junta de Hacienda de Goa y la Intendencia ó Administración general de las provincias continentales ó *nuevas provincias*, con más la Intendencia de marina y almacenes de aquella isla, cabeza de todo gobierno oriental. De esta suerte se echaban las bases de una administración un tanto ordenada; á lo que respondía también la terminación de los abusivos arriendos de la aduana de Goa, que desde entonces administró el Estado, y la reducción de los extraordinarios sueldos y singulares obveniones que disfrutaban los vireyes y gobernadores. En otro orden las reformas fueron más trascendentales. El poder inquisitorial fué restringido al modo que en la Metrópoli: expulsados los jesuitas, establecidas las primeras escuelas públicas que ha habido en la India y aplicando el impuesto del Subsidio literario para el sostenimiento y desarrollo de la enseñanza recomendada con vivísimo calor. Tras esto vinieron la proclamación de la más amplia tolerancia religiosa hasta el punto de permitirse á los habitantes *das Novas Conquistas* (es decir, las provincias continentales ó territorios de Perem, Aally, Dacore etc., etcétera) que construyesen aquellas pagodas que en las *Velhas* (esto es, en las islas de Goa, Bardez y Salsete) habían sido arrasadas en 1540: la secularización de las iglesias mediante la entrega de las hasta entonces servidas por frailes á clérigos ordinarios: la extensión á la India del decreto que borraba las diferencias entre cristianos viejos y cristianos nuevos, diferencias harto sensibles en Ultramar á donde se habían

refugiado muchísimos judíos y donde la Inquisición hizo horrores; y por último la solemne declaración de que «los hijos de Goa gozaban de los mismos honores y privilegios que los nacidos en Portugal y que eran hábiles para todos los empleos públicos.» En este último decreto véase claramente el espíritu del innovador y del político.

A medida que el imperio lusitano de Oriente se cuarteaba y parecía sumergirse en un mar de abusos, miserias y desastres, surgía á los ojos de los legendarios portugueses otra vastísima comarca allá al otro lado del gran Océano; bastante para calmar todos los apetitos y saciar todas las ilusiones. Era el Brasil... Su riqueza, sus atractivos, sus esplendores eran grandes, pero antes de amenazar ruina ó de presentar siquiera verdaderas dificultades la explotación de Oriente, ¿cómo se habían de apartar de este mundo los ojos! ¡El Brasil sería otra maravilla; podría merecer iguales sacrificios que los hechos en la India; podría reservar á la corona portuguesa un porvenir más seguro, quizás más espléndido!... pero ¿cómo volver la vista á los provechos posibles, á las ganancias probables cuando el Oriente las ofrecía en el momento tan positivas como extraordinarias, haciendo que el puerto de Lisboa fuese el más frecuentado de la época, y que el Estado sacara de la India, aparte los tributos y luego de cubiertos los gastos de la empresa, á que con verdadera magnificencia atendía, no menos de 260 millones de reis (más de millón y medio de reales) líquidos al año?

Pero sobreviene, señores, el quebrantamiento del poderío portugués,—resultado muy principalmente de los vicios de aquel desproporcionado empeño que dejó á Portugal sin fuerzas, haciéndole pasto de mil quimeras incompatibles con toda idea de orden y todo hábito de trabajo;—comienza á ser disputado al gobierno de Lisboa el monopolio de los mares de la India; llenan los espacios las fabulosas relaciones de las hazañas de Cortés y Pizarro; surge el descubrimiento de las minas de América, y es objeto de la general conversacion la existencia de *El Dorado*, vienen á Lisboa los cargamentos de palo-Brasil, que se vende á precios que la absoluta falta de competencia autoriza... y aquellos locos de lo imposible, un tanto fatigados quizá de la monotonía (1) del viaje á Oriente, entrevén los palacios de Motzuma y los ejércitos de los Incas; el comerciante se acuerda de que es soldado; el especulador repara en que le disputan el paso de la India, y se establece la corriente de América.

El gobierno no puede ser extraño á lo que en torno suyo pasa. Pone el oído y escucha á uno de los capitanes brasileños,—á Luis de Goes, de San Vicente—que dice al Rey que «acuda sin demora á la gobernacion del Brasil, á moralizar á los colonos y al clero, á limitar la independencia de los donatarios *senhores de conto e homisio*, á las tentativas é incursiones de los franceses, á la perturbacion producida por el envío de criminales, y, en fin, á poner límite á la desorganizacion del país, so pena de perder a sua conquista americana.»

Con estas palabras está dicho lo que habia venido á ser en los primeros cincuenta años de su colonizacion aquel hermoso Brasil, descubierto en 1499 por nuestro Hernandez de Pinzon y en el cual Américo Vespucio fundó, tres ó cuatro años más tarde, la primera factoria portuguesa en América: la factoria de Santa Cruz, cerca de Puerto Seguro, donde fondeó la escudra de Pedro Alvarez Cabral, cuando en 1590 tratando de asegurar el paso de las Indias orientales, dió por acaso y por el empuje de deshecha tempestad en las costas americanas.

En los primeros tiempos, aquella comarca quedó abierta, por el hecho que no por la ley, no sólo á los portugueses si que á todos los aventureros de Europa, que aprovecharon aquella ventaja al par que huían de la persecucion de los barcos españoles más celosos del monopolio de sus descubrimientos y conquistas.

A aquella tierra fueron luego conducidos, por fuerza y en gran número, los desterrados de Portugal, señaladamente los judíos, que encontraron en el nuevo país ancho campo á su acti-

vidad y su celo, que produjeron la introduccion de la caña de azúcar de Madera y la preferencia de los empeños agrícolas, de concierto con los indios del país; de muy diverso modo á lo que pasó en el resto de la América española donde la preocupacion de las minas, imponiéndose en primer término, fué causa de grandes dificultades y desde luego, de la extirpacion de los indígenas de las Antillas. A estas condiciones hay que añadir el verdadero abandono del gobierno, limitado á percibir ciertos derechos sobre la exportacion de materias tintóreas y la venta de especias, y propicio á una cierta tolerancia con los indios, cuyo transporte á Europa prohibió, para que los que quedaban en América no pensasen que se los mataba ó devoraba. Pero antes de concluir la primera mitad del siglo, ya trascienden á la Colonia ciertas ideas é instituciones europeas. En 1534 se divide el Brasil en doce grandes capitánias, verdaderos feudos que se adjudican á personas de gran importancia, con la obligacion de importar gentes y con el derecho de hacer esclavos en el país, donde ya la institucion existía por causa de guerra; y aún de venderlos en Lisboa libres de sisa.

Detrás de esta reforma viene la pedida por Luis de Goes: la reforma de 1548 que crea el gobierno central, cometido á Thomé de Souza en la ciudad de San Salvador: reduce los fueros y condiciones de los capitanes ó señores de 1534: afirma un derecho esclusivo en punto al asilo, la hacienda y la justicia y en una palabra dá, con sentido centralizador, las bases de un sistema regular de administracion de aquella naciente sociedad. Este sistema llega hasta la época de Pombal.

Pero en el trascurso de los doscientos años que van desde 1550 á 1750, entraron en juego en el Brasil otros elementos y se produjeron ciertos hechos de importancia quizá todavía superior á lo que acabó de aludir. Me refiero, primero, á la entrada de los jesuitas; despues, al descubrimiento y explotacion de las minas, y por último, á la introduccion de los africanos y el establecimiento de la esclavitud. Tan grave es todo esto, señores, quizá en ello estriba el carácter de la colonia brasileña la vispera de la reforma de Pombal y en ello esté quizá el secreto de muchos sucesos que han dado tono al pueblo brasileño ya dentro de la edad contemporánea.

Porque los jesuitas, que entraron en el Brasil á mediados del siglo XVI bajo la direccion del Padre Nobrega, y allí establecieron sus *misiones y administraciones de indios*, antes de 20 años ya habian llegado á poner en cuidado al gobierno de la Colonia, al cual emulaban y contenian; de suerte que en el siglo XVIII pudieron ser y fueron verdaderas amenazas para la Metrópoli—como lo fueron en el Paraguay para España—dadas sus riquezas, sus pretensiones, su influencia y su organizacion.

RAFAEL MARIA DE LABRA

REVISTA DE MADRID

—Alza la frente mortal que gimes y te arrastras más bien que vives por ese bajo mundo erizado de espinas. Despiértate, no duermas, oye mi voz que te llama, recoge ávidamente lo que te voy á decir. Yo soy profeta y he leído el libro del destino y he visto en él tu nombre y vengo á decirte lo que te guarda el porvenir. ¡Oyeme!—

Así gritaba el geniecillo, soplando en nuestro oído frases de celestial dulzura y melodia; así gritaba, y al oírle todos nos dejámos embriagar por la magia de su acento, que sonaba grato como la primera palabra de amor que vierte una mujer en los oídos de un adolescente.

—¿Quieres saber mi nombre? Pues mira, soy un génio poderoso que vago en los aires como un suspiro, como un beso, como un perfume, invisible, impalpable; me columpio en el viento que pasa, me duermo en las nubes; vuelo de un lado para otro; me siento junto al lecho de los hombres y doy sueños á su mente, luz á su alma, colores á su fantasia. ¿Quieres saber mi nombre? Escúchale.—

Y agitaba un saquillo que producía sonidos metálicos como de monedas de oro que chocan y se golpean. Y añadía:

—¿Te gusta? Pues mira, todo es tuyo. Esto y más, mucho más. Yo guardo para tí haces de billetes de Banco, minas de oro no exploradas por nadie todavía, montes de perlas y diamantes, islas de coral y lechos de esmeraldas y rubies. Hoy eres pobre, mañana serás rico; hoy eres desgraciado, mañana

serás dichoso, y tendrás todo lo que quieras. ¿Poder? Los hombres te adorarán. ¿Gloria? La fama será tu esclava. ¿Mujeres? Allá en el Oriente, en el Norte, al Mediodía, al Occidente hay virgenes que sueñan contigo, y van á despertarse con tu nombre en sus labios y tu amor en su pecho. La riqueza es la gloria, es el poder, es el amor, es la felicidad y yo te traigo la riqueza. ¡Escucha, escucha!—

Y volvía á agitar el mágico saquillo que sostenía penosamente entre sus manos.

—Yo vengo á realizar tus sueños, á cumplir todas tus aspiraciones. ¿Eres artista? Te llevaré á Roma para que estudies á Rafael y Miguel Angel. ¿Eres soñador? Ven á Venecia y dormirás en sus lagunas y la verás riente bajo el sol como ninfa enamorada que peina sus cabellos á orillas del Adriático. ¿Eres sábio? Yo te conduciré á Alemania, á Inglaterra, verás á Haeckel, hablarás con Spencer, te inclinarás en Wermister ante la tumba del gran Darwin. ¿Te encanta la naturaleza? Te llevaré á las cordilleras de los Alpes, te haré ascender al Himalaya y subir por las faldas del Vesubio. ¿Quieres gozar? Ven á Paris; la ciudad de rosa, cuna de todos los placeres. Tus deseos tomarán forma; se harán carne. Serás rico, y al ser rico serás feliz.—

Y como las brujas le decían á Macbeth:—¿Serás rey!—el geniecillo repetía:—¿Serás rico!—Y también nosotros, como Macbeth creímos, y nos dejamos guiar por él, y cual chiquillos atontados que siguen por calles y plazuelas al charlatan que les embauca, así nosotros seguimos al endiablado geniecillo que saltaba y reía sin detenerse un solo instante. Billetes de Banco formaban su vestido, monedas de oro su calzado, un casquete de piedras preciosas cubría su cabeza. Tras él, subida en su movable rueda, marchaba la Fortuna agitando sus cascabeles, y prorrumpiendo en carcajadas de eco argentino.

—Tenga aquí números que doy á los que me siguen. Muchos son los que vienen tras de mí, pocos serán los escogidos, pero tú eres uno de ellos. Tu eres bueno, tú serás rico. Toma. Este es el número que va á salir premiado. Registra tus bolsillos, amontona céntimos y céntimos para completar el valor de esta hoja de papel. Espera un poco. Voy á darte la riqueza. Me das diez duros y te dejo la fortuna. Cójela de sus alas de mariposa. Así... ¡Já! ¡Já! ¡Já! ¡Torpe torpe! Te se ha escapado. ¡Já! ¡Já! ¡Já!—

Y el geniecillo desapareció como figura vista en sueños, y la Fortuna siguió tras él, dejando en nuestras manos un papel que no servía para nada. Eclipsóse la luz, otra vez se hizo de noche, y aún duraba nuestro asombro y nuestra sorpresa, y ya en el aire se perdía el eco de carcajadas que sonaban lejos, muy lejos:

—¡Já! ¡Já! ¡Já!—

Es la noche legendaria, la noche más hermosa que cubre el cielo de la tradicion. Hace muchos años, muchos siglos, en una noche como esta, un hombre y una mujer caminaban rendidos, faltos de albergue. Pidieron hospitalidad de casa en casa, y en ninguna parte les permitieron recogerse. Salieron del lugar, y en un establo abandonado se establecieron para esperar el día. La noche era oscura, las sombras densas, el frío, penetrante. De repente un vivo rayo de luz inundó el cielo, voces angélicas que cantaban un himno de gloria resonaron por todas partes, la noche se hizo luminosa como el día. Allí, en el pequeño establo, un niño recién-nacido se agitaba en su lecho de paja; junto á él sonreían sus padres; á los pies de la improvisada cuna agolpábase paseros y zagalás; en el horizonte levantábase un astro resplandeciente que caminaba hacia Belén; en el fondo tres sábios encanecidos en el estudio, tres reyes poderosos venían á traer al niño que acababa de nacer, el homenaje del mundo entonces conocido... ¿Quién no conoce la leyenda? ¿Quién no guarda unidos á ella los más dulces recuerdos de su infancia, las caricias de su padre, los besos y la enseñanza bendita de su madre? En esta noche, las familias dispersas se reúnen, se cuentan y consagran un recuerdo á los que faltan por primera vez á la cita anual. En tal concepto, la Noche-Buena es sagrada y solemne como la noche de los muertos. El recuerdo de los que ya no son invade nuestra mente, se apodera de nuestro corazón, acentos invisibles nos dicen al oído muchas cosas, nos hablan del pasado, del presente, despiertan nuestra memoria, si dormía, nos encantan con las cosas que nos cuentan. Delante de nosotros está la mesa preparada, los niños que juegan, rien y saltan, felices porque no tienen pasado, porque no les preocupa el porvenir: nuestra imaginacion está muy lejos, en lugares sombríos, en campos lejanos, á orilla de tumbas que riegan nuestras lágrimas. ¡Triste noche la Noche-Buena del que llora!

La naturaleza, según la tradicion, celebra también su fiesta. Hay una hora solemne en esa noche: la hora de las doce, la hora á que nació Jesús. Cuando los astros inmutables marcan esa hora en el reloj inmenso de los siglos, empieza en toda la creacion una *tréguera de Dios*—a si se llama—durante la cual todo hace alto en la naturaleza. Las xanas, las lamias, las náyades, las ordinias, espíritus que ya cen aprisionados en el encanto de los rios y las fuentes, asoman sus cabezas por entre las aguas cristalinas; los gnomoos salen de sus recónditos alcázares y dejan sin guarda los tesoros que les están confiados; todas las riquezas ocultas en el seno de la tierra se ponen á descubierto. El que á esta hora se lance sobre ellas adquirirá fortunas incalculables, pero quedaria eternamente encantado si al volver, terminada la *tréguera de Dios*, le sorprendieran los espíritus. Los demonios suspenden los tormentos que causan á los condenados. Las fuentes y los arroyos dejan de correr, el viento deja de soplar, los torrentes

que van desbordados se detienen, el mar interrumpe el incesante movimiento de sus ondas; ni un rumor se oye en la montaña, ni un grito en la llanura, ni un ruido en el bosque. Al sonar la primera campanada, la creación se pone de rodillas, todas las almas caen de hinojos, los espíritus malos y los buenos, los réprobos y los bienaventurados. Los árboles inclinan sus ramas, las flores su tallo, los montes su cima: el que no tuviera sus ojos empañados por la niebla del mundo, vería en el espacio los astros agrupados hacia Belén fijos y sin moverse, en un mismo punto de su órbita, el sol y la luna inclinados en misteriosa adoración. Todos los animales les imitan, sobre la tierra, bajo las aguas: los pájaros en su nido, las fieras en su cubil, las serpientes entre las hojas, los peces entre las algas. En todos los establos las bestias de carga se arrodillan. Hay un instante de suspensión y recogimiento en la naturaleza. Cuando acaban de dar las doce, todo torna a su estado. Vuelven los astros a volar por el espacio con velocidades incalculables, vuelven a correr las fuentes y los arroyos, les montes enderezan su cumbre, los árboles agitan su penacho de ramas, las flores alzan su corola bañada de rocío; los espíritus vuelven a sus palacios misteriosos, los condenados ven reanudarse su suplicio, los animales se levantan, canta el gallo anunciando el nacimiento de Jesús y el buey y la mula cuentan a sus compañeros de establo leyendas maravillosas de Belén,—porque, como sabéis, esta noche poseen los animales el uso de la palabra.—*La tregua de Dios* ha pasado ya.

Una noche, hace cuatro días, Madrid exhaló un grito de terror: la tierra temblaba bajo sus pies, le huía, como si se negase a sostenerle por más tiempo, semejante a un acreedor que ya ha perdido la paciencia. Como el portugués del cuento, Madrid se agarró a la pared más próxima, murmurando:—No tiembles, tierra, que no te hago mal.—

Y la tierra, tranquilizada por estas palabras, se serenó en el mismo instante, prometió no hacerlo más, y hasta ahora cumple fielmente su promesa. Una alarma de algunos minutos, algunas costaladas inocentes, una casa vieja hundida en la calle de los Estudios, una lámpara desprendida del techo en el Teatro Real, y largo asunto de meditación para los viejos mojigatos que en todas partes ven la intervención activa de la Providencia en las luchas y miserias de este mundo: he aquí lo que queda de ese conato de terremoto madrileño. Aún tenemos vida, aún no está lleno el vaso de nuestras iniquidades, aún no somos tan malos como imaginan los que piensan mal. Todavía podemos ser reos.

La sorpresa fué la que tuvieron al día siguiente los madrileños que, metidos en su casa, de nada se enteraron, al considerar el riesgo en que les había puesto el terremoto. Ellos, que dormían tan descansados, creyéndose seguros, estar tan cerca, a un paso de la muerte... Porque si la oscilación dura un poco más, Madrid deja de ser, desaparece de la lista de los vivos, se hunde en el abismo con sus iniquidades y sus virtudes. Hay aprensivos a quienes todavía no se les ha quitado el susto. Y, sin embargo, ese peligro de muerte no tiene nada que deba extrañarnos; todos sabemos que nos hemos de morir, y siempre el momento fatal nos pilla de improviso. Que hace mucho tiempo dijo el poeta que

así se pasa la vida,
así se viene la muerte,
tan calando.

¡Nieva! Calles y p'azes están cubiertas de nieve, sobre los tejados hay tendida una inmensa sábana blanca. El cielo está entoldado de nubes; lejos, en cuanto descubre la vista, todo es nieve, el llano inmenso, los montes lejanos, el horizonte medio desvanecido. Los árboles semejan blancos postes, las casas enormes pilares de mármol. Todo está silencioso, mudo. Las calles desiertas, las ventanas cerradas. Madrid parece una ciudad muerta.

¡Qué bonito es un país nevado que semeja uno de esos grandes cromos que representan aldeas suizas ó sanoras más árticos! ¡Qué bonito es ver nevar cuando se tiene al lado los seres queridos, en torno a un buen fuego que arde y caldea la habitación al consumirse! ¡Cuántas figuras caprichosas forman las chispas que se escapan del tronco calcinado, las llamas que le ciñen amorosamente en mortal abrazo! Sí, teneis razón, es muy bonito, pero ¿y los trabajadores sin abrigo, y los miserables sin hogar, y esos niños que todas las noches duermen en mitad de la calle, arrimados al quicio de las puertas... dónde dormirán ahora?

Pensando en esto se maldice el invierno, se odia la nieve, y cada copo que cae sobre el suelo parece que resbala al caer sobre el corazón y paraliza sus latidos.

Hablar de un nuevo drama de Echegaray es narrar un nuevo éxito. Esta vez, como tantas otras, el triunfo ha sido indescriptible. El público aclamó al autor, le hizo salir a escena una porción de veces, y al día siguiente los periódicos publicaron largos trozos de la obra, tiradas hermosas de versos cuajados de ideas y pensamientos de esos que deslumbran como relámpagos en la noche; situaciones prodigiosas que mantienen los nervios en tensión, produciendo un horror que se parece a la emoción estética. A pesar de todo eso, *La Peste de Otranto* no añade ninguna nueva joya a la corona dramática de Echegaray, á esa corona más rica que la de todos los reyes del mundo, formada por *Locura ó Santidad*, *El Gran Galeoto*, *La Muerte en los Labios* y *En el Seno de la Muerte*. Hay en su nuevo drama caracteres, pasión, horror sublime, pero la acción es escasa y tiene lánguido

desarrollo. Cuando viene el verdadero drama, es en el tercer acto. Los dos primeros han pasado ya, magníficos como exposición de caracteres, como pintura de una época, pero poco dramáticos, y, por lo tanto, escasos de interés. El triunfo del poeta ha sido como todos los suyos, grande, inmenso; los mismos que ahora discuten friamente, aplaudían ayer cegados por los resplandores de ese volcán de genio, volcán en erupción, que lanza a todas partes la lava abrasadora de su fantasía. Como dramaturgo, Echegaray se presenta en su último drama tal y como en los demás, moviéndose dentro del enérgico círculo que desde el primer instante se trazara, con su procedimiento propio, sus recursos de siempre, su fábula, convencional y absurda muchas veces, pero que lleva siempre el sello de su talento colosal. Astro de primera magnitud, ocupa por sí sólo un lugar del cielo, y en ese lugar gira, ostentando su luz propia, sin deberla a ningún otro astro ni darsela a satélites que pudieran amenguar su brillo. Ni sigue a nadie ni es seguido por nadie con provecho. En la historia de la dramática española quedará su teatro como expresión personalísima de su genio: será un capítulo aparte sin enlace, sin sucesión, sin precedente; galvanización de un genio enterrado y vuelto ahora a la vida por evocación misteriosa. No tiene rivales, no dejará discípulos. Al morir se llevará el secreto de conmovir a las muchedumbres calculadoras del último tercio del siglo XIX con los procedimientos desusados del caduco romanticismo.

En esta época del año hay siempre gran movimiento en los escaparates de las librerías, como si los autores no quisieran dejar pasar el año sin unirse a la historia de sus trabajos. Muchas obras se han publicado dignas de atención, y entre ellas ocupa un lugar preferente el segundo volumen de la Biblioteca Biológica, que con tanto acierto publica el joven naturalista D. Romualdo González Frago. Titúlase *Historia de la evolución del sentido de los colores*, y es original del célebre profesor alemán Hugo Magnus. Siento que la índole de esta revista no me permita hacer de la obra el análisis detenido que merece por la suma de conocimientos que supone y lo ingenioso de los argumentos que emplea para demostrar que el sentido de los colores, sometido a las leyes evolutivas de la materia, fué débil en un principio y alcanza hoy mayor grado de desarrollo, que no por eso ha de creerse definitivo. Para probar esta tesis, pónense a contribución los grandes monumentos de la antigüedad, los libros de Homero, los Vedas, el Zendavesta, las enseñanzas de la lingüística, los datos de la etnografía, tesoros de paciente observación. Aun para aquellos que no estén conformes con las ideas que sustenta, la obra de Magnus es digna de todo respeto y estimación. Machado y Álvarez la ha puesto un prólogo muy bien escrito.

Enrique Rodríguez Solís, el defensor decidido de la mujer, ha publicado también un nuevo libro que es un nuevo argumento para la tesis que con tanta fe viene sosteniendo hace algunos años. *La vida madrileña, cuadros sociales*, se llama esta nueva obra, y en ella, como en las anteriores, se ve una mujer buena lanzada por el hombre al abismo del mal en que se pierden tantas almas. Rosario se salva, no por sí, sino por la fuerza del amor que siente hacia Pablo, su primera pasión de niña. Rodríguez Solís, enamorado de su heroína, no ha querido que se revolcase en el cieno, y la ha sacado a flote después de tantas desventuras. El ángel caído se levanta sin que sus a's se hayan ensuciado. ¿Es esto posible? Quizá no. Desgraciadamente las cosas no suceden en el mundo de la realidad tan bien como en el mundo de la fantasía. Las leyes del descenso de los graves nos dicen que, perdido el equilibrio, la caída es inevitable, el cuerpo llega hasta el fondo, y allí se hunde en el cieno. La obra, perfectamente naturalista en sus detalles, en la pintura de caracteres, en la descripción del medio en que se mueven sus personajes, se falsea, tiende a dejarlo todo arreglado a gusto del lector sensible, y cuanto más se acerca a este fin tanto más se aleja de la realidad. Resulta una obra muy bella, pero no una obra francamente naturalista. El autor estaba en la senda, pero ha tenido piedad de Rosario vilmente engañada, de Pablo, tan bueno, de Marcial, tan simpático, y se ha detenido a la mitad del camino, ha soñado que todos los seres buenos eran felices, y ha puesto el sueño como final de su novela. ¿Ha hecho bien...? Como escritor naturalista que copia lo que ve sin adicionarle nada, sin desfigurarlo, ni siquiera ligeramente, el aspecto real de los hechos, no. Como autor de una tesis cuyas conclusiones están trazadas de antemano, su conducta no es indisculpable. Para Rodríguez Solís el naturalismo no es un fin, sino un medio; una especie de campo al que acude a defender a la mujer extraviada, sacada del camino recto por el hombre. Riñe la batalla allí donde se la presenta el enemigo: no se le puede, por tanto, exigir lo que si estuviera en su propio campo se le exigiera.

Pero aparte de la fábula, hay en la nueva obra del celebrado autor de *Evangelina*, una serie de cuadros admirablemente trazados, y que quedarán como obra maestra de pincel privilegiado. En este punto, el libro responde a su título. La vida madrileña está allí fotografiada, con sus tipos de corrupción y sus modelos de virtud, su aspecto riante ó sombrío; el granuja madrileño, representado en Marcial, está descrito con amor, estudiado hasta el detalle en sus vicios y en sus virtudes, en sus nulidades y en sus disposiciones: vive al día, duerme en cualquier parte, como lo que puede y a veces nada, hace a todo lo que sale, sube talegos del río, recoge colillas, roba algún que otro pañuelo, vende periódicos, pero tiene un fondo inmejorable, un alma hermosa, un corazón

puro. El tipo vive, se mueve, le oímos respirar, quejarse, o reír, según esté triste ó contento. Al final encuentra a su madre, y este es su único defecto. Santos Lezama es también un buen retrato. De la realidad lo ha tomado el autor, y parece haberle tomado hasta la vida, porque el retrato es tan verdadero, que repugna, cual repugna el original. Como bocetos de paisaje, que son maravillas de verdad y colorido, puede citarse el Hotel Clínico y el Café Antillano, que quedarán como fotografías del Madrid actual. Leyendo estas descripciones, tesoro de observación, se ve lo que el autor pedía hacer si, desembarazándose de las tesis, entrase francamente en el terreno de la novela naturalista. ¿Entrará? No. Rodríguez Solís no aspira sólo a ser novelista. Es, sobre todo, apóstol de una noble idea, la regeneración de la mujer, y a ella lo sacrificará todo, hasta el aplauso sin condiciones de la crítica. Lo he dicho antes. El naturalismo no es para él un fin, sino un medio. Orador, pronunciaría discursos; taumaturgo, compondría dramas; legislador, haría leyes: todo en defensa y bien del bello sexo. En su primera obra de importancia, *La Mujer*, trazó su línea de conducta, y no se ha separado de ella ni un momento.

Apresurémonos a salir del año 84. El tiempo, como sacristán impaciente que ansia ver desierto el templo para cerrar las puertas y dar por concluido su trabajo del día, agita su manojo de llaves a modo de indirecta irrefutable. Si. Ya vamos. Un momento nada más; un solo momento para recogernos en una última plegaria. La hora es solemne. En el fin del camino que el año 84 nos ha hecho recorrer, antes de traspasar los umbrales del año 85, debemos volver atrás los ojos y ver lo que hemos adelantado... Pero ¿a qué hacerlo? ¿Qué veremos en el sino pedazos de nuestra alma, gotas de nuestra sangre que quedan entre las zarzas del camino como huellas de nuestro paso? Hemos perdido en ilusiones y esperanzas lo que hemos ganado en ese fruto amargo y salobre de la experiencia que nos lleva tras sí el paladar. Nos sentimos más viejos, más cansados, más débiles para la lucha que estamos obligados a sostener. El sol, que antes brillaba constantemente ante nosotros, sufre ahora eclipses prolongados. El cielo nos parece menos azul, la tierra más árida, el combate más duro y la victoria más difícil. La fé, la fé hermosa que nos alentaba y sostenía, se va poco a poco y la sustituye el desengaño. Conforme adelantamos, nos convencemos de que era un miraje nada más, un efecto de óptica, el paisaje encantador que entrevimos al principio de la jornada. La vida del hombre es una continuación de tumbas; un camino sembrado de sepulcros. Hemos aumentado el número de éstos; dejamos en la senda algún ser querido muerto, acosta lo sobre la tierra húmeda... Su brazo nos sostenía, y ahora tenemos necesidad de su brazo.

No; no volvamos la vista atrás. Sigamos adelante, llevados por el huracán que nos empuja y nos arrastra en su torbellino. Detrás está la vida con sus dolores pasados; delante la vida con sus dolores por pasar, pero a cuyo extremo está la muerte, es decir, el descanso, la paz, la dicha... ¡Adelante! ¡Adios, hermosas ilusiones que ahí quedáis como flores marchitas cuyo perfume embalsamaron mi existencia...! ¡Adios, año 84, unido a mí con lazos indisolubles por un nicho abierto en un cementerio...! ¡Adios! No te olvidaré en mi vida... ¡Me has hecho muy desgraciado para que yo pueda olvidarte

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

BANCO HIPOTECARIO DE ESPAÑA

Préstamos a largo plazo al 6 por 100 en metálico

El Banco Hipotecario hace actualmente y hasta nuevo aviso sus préstamos al 6 por 100 de interés en efectivo.

Estos préstamos se hacen de 5 a 50 años con primera hipoteca sobre fincas rústicas y urbanas, dando hasta el 50 por 100 de su valor, exceptuando los olivares, viñas y arbolados, sobre lo que sólo presta la tercera parte de su valor.

Terminadas las cincuenta anualidades, ó las que se hayan pactado, queda la fincalibre para el propietario, sin necesidad de ningún gasto ni tener entonces que reembolsar parte alguna del capital.

Préstamos a corto plazo

Además de estos préstamos hipotecarios, abre créditos para el fomento de la Agricultura y construcción de edificios.

Cédulas hipotecarias

En representación de los préstamos realizados, el Banco emite cédulas hipotecarias. Estos títulos tienen la garantía especial de todas las fincas hipotecadas al Banco y la subsidiaria del capital de la Sociedad. Son amortizables a la par en 50 años.—Los intereses se pagan semestralmente, en 1.º de Abril y en 1.º de Octubre, en Madrid y en las capitales de provincias.—Los que deseen adquirir dichas cédulas, podrán dirigirse: en Madrid, directamente a las oficinas del Banco Hipotecario, ó por medio de agente de Bolsa; y en provincias, a los comisionados de dicho Banco.

ANUNCIOS

Diccionario

HISTÓRICO, BIOGRÁFICO, CRÍTICO Y BIBLIOGRÁFICO

DE EXTREMEÑOS ILUSTRES

POR

DON NICOLAS DIAZ Y PEREZ

Única obra para estudiar la historia de todos los hombres célebres que ha dado Extremadura desde los tiempos de Roma hasta nuestros días. Saldrá a luz por cuadernos de 40 páginas, en folio español á dos columnas, buen papel y esmerada impresion. Ira ilustrada la obra con retratos, esmeradamente ejecutados, de los extremeños mas ilustres. El cuaderno que contenga lámina sólo constará de 24 páginas de texto.

El precio de cada cuaderno en toda España será de 1 peseta. Los suscritores de provincias anticiparán con el primer cuaderno el valor de 5, para no tener interrupciones en el recibo de los que vayan publicándose.

La obra constará de 60 á 70 cuadernos. En las cubiertas de los mismos se publicarán los nombres de todos los señores suscritores.

Se admiten suscripciones en casa de los Editores, Sres. Perez y Boix, Madrid, Manzana, 21; y en las librerías de D. A. San Martín, Puerta del Sol, 6 y Carretas, 39; D. Fernando Fé, Carrera de San Jerónimo, 2; Murillo Alcalá y D. Leocadio Lopez, Cármen, 13.

COLON EN ESPAÑA

Esta obra, por más de un concepto interesante y nueva y recientemente publicada, bajo los auspicios del Excmo. Sr. Dique de Vergara, se halla de venta en las principales librerías de Madrid, al módico precio de CUATRO PESETAS.

Los pedidos pueden hacerse al almacén Romero, Preciados, 1, administrador de la obra.

ALHAJAS Y RELOJES

en oro y plata de ley, con verdadera garantía: precios en competencia. Taller de composuras.

Sanchez.—Carretas, 22, tienda

CONFITERIA DE ITALIANOS

CALLE DEL BARQUILLO, NÚM. 8, CUADRUPLICADO,

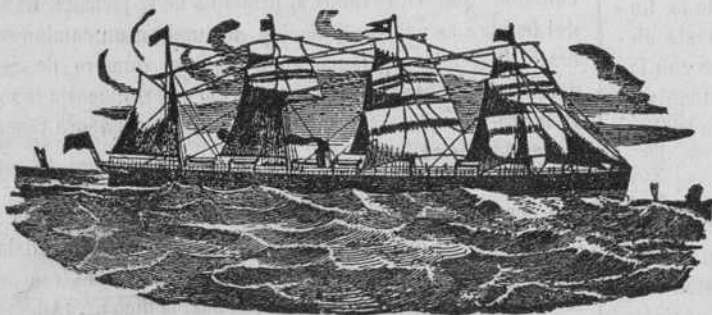
(al lado del Ministerio de la Guerra)

Mazapan y turrone de todas clases; gran economía de precios como lo muestran las cajas de jalea y perada, á 7'50 pesetas docena, etc., etc.



DENTICINA INFALIBLE

Lo saben todas las madres. Ni un sólo niño muere de la dentición, pues los salva aun en la agonía, brotan fuertes dentaduras, reaparece la baba, extingue diarrea y accidentes, robustece á los niños y los desencanja. Una caja, 12 rs., que remite por 14 el autor P. F. Izquierdo, Madrid, Póntejos, 6, botica, y en todas las boticas y droguerías de España.



SERVICIOS DE LA COMPAÑIA TRASATLÁNTICA DE BARCELONA

VAPORES-CORREOS Á PUERTO RICO Y HABANA

con escalas y extension á

LAS PALMAS, PUERTOS DE LAS ANTILLAS, VERACRUZ Y PACIFICO

Salidas trimensuales de Barcelona, el 5; Málaga, el 7, y Cádiz, el 10 de cada mes: para Palmas, Puerto-Rico, Habana y Veracruz.

Santander, el 20, y Coruña, el 21: para Puerto-Rico y Habana. Barcelona, el 25; Málaga, el 27, y Cádiz, el 30: para Puerto-Rico, con extension á Mayagüez y Ponce, y para Habana, con extension á Santiago, Gibara y Nuevitas, así como á La Guaira, Puerto Cabello, Sabanita; Cartagena, Colon y puertos del Pacifico, hacia Norte y Sud del Istmo.

Viajes del mes de Diciembre

El 10, de Cádiz el vapor *Habana*.
El 20, de Santander el vapor *Ciudad de Cádiz*.
El 30, de Cádiz el vapor *Ciudad Condal*.

VAPORES-CORREOS A MANILA CON ESCALAS

EN PORT-SAID, ADEN Y SINGAPORE, Y SERVICIO A ILOILO Y CEBÚ

Salidas mensuales de Liverpool, 15; Coruña, 17; Vigo, 18; Cádiz, 23; Cartagena, 25; Valencia, 26, y Barcelona, 1.º fijamente de cada mes.

El vapor *Reina Mercedes* saldrá de Barcelona el 1.º de Enero de 1883

Todos estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebaja á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebaja por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año si no encuentran trabajo.

La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

Para más informes en

BARCELONA.—La Compañía Trasatlántica y Sres. Ripol y Compañía, plaza de Palacio.
CADIZ.—Delegacion de la Compañía Trasatlántica.
MADRID.—D. Julian Moreno, Alcalá.
LIVERPOOL.—Sres. Larrinaga y Compañía.
SANTANDER.—Angel B. Perez y Compañía.
CORUÑA.—D. E. da Guarda.
VIGO.—D. R. Carreras Iragorri.
CARTAGENA.—Bosch hermanos.
VALENCIA.—Dart y Compañía.
MANILA.—Sr. Administrador general de la Compañía general de tabacos.

VINO Y JARABE DE QUINA Y HIERRO

de GRIMAULT y C^{ia}, Farmacéuticos en Paris, 8, Rue Vivienne.

Hace 25 años que el Hierro, elemento principal de la sangre, la Quina Real amarilla, tónico superior del sistema nervioso, y el Fosfato reconstituyente de los huesos, fueron combinados intimamente por M. GRIMAULT con un vino de Málaga rico y generoso.

Sus cualidades tónicas y reparadoras producen excelentes resultados en la anemia, la clorosis, la leucorrea, las irregularidades menstruales, los calambres de estómago consecutivos á estas enfermedades, el linfatismo y cuantas dolencias dimanan del empobrecimiento de la sangre. Excitando el apetito, estimulando el organismo y reconstituyendo los huesos y la sangre, el VINO de QUINA y HIERRO de GRIMAULT y C^{ia}, desarrolla con rapidez á los niños endebles y á las jóvenes pálidas y abatidas. Este vino corta los ligeros accesos febriles, la humedad de las manos y los sudores nocturnos; es eficaz en las diarreas rebeldes, facilita las convalecencias penosas, y sostiene á los ancianos.

El JARABE de QUINA y HIERRO de GRIMAULT y C^{ia}, que posee las mismas propiedades del VINO, es preferido por las señoras y por los niños que no aceptan ningun medicamento y toman este JARABE con placer por su delicioso gusto. — DEPÓSITO EN LAS PRINCIP. FARMACIAS Y DROGUERIAS.

Capsulas de Sulfato de Quinina de PELLETIER 0 de las Tres Marcas

A petición del cuerpo médico y en presencia de las falsificaciones que de continuo se producen y que el público se halla en la imposibilidad de reconocer, los Sres ARMET DE LISLE y C^{ia}, sucesores de Pelletier, inventor del Sulfato de Quinina, acaban de añadir á su fabricación la de pequeñas cápsulas redondas, delgadas, transparentes, de una conservación indefinida, que suprimen la amargura de la quinina, no se endurecen como las píldoras y grageas, se disuelven rápidamente en el estómago y contienen 10 centigramos de Sulfato de Quinina puro.

Las Cápsulas de Sulfato de Quinina de Pelletier curan con éxito las jaquecas y nevralgias las calenturas intermitentes y palúdicas; es el medicamento más enérgico que se conoce en las fiebres perniciosas y tifoideas, en las enfermedades del bazo y del hígado; es el tipo de los tónicos propiamente dichos; modera la transpiración, combate los sudores nocturnos y da á los órganos digestivos una energía que se comunica á todo el cuerpo y le permite resistir á la fatiga, las epidemias y las emanaciones perniciosas.

Depósito en PARIS, 8, Rue Vivienne Y EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS

PRIMERA CASA EN ESPAÑA

GRAN FÁBRICA DE CORSÉS
CORAZAS Y CORSES-FAJAS
DE

FAUSTO ALDEGOA

Calle Imperial, 8

Esquina á la de Botoneras
Madrid

Esta acreditada casa tiene siempre fabricado doce mil corsés en raso, satines, cuties, pieles y driles.

Especialidad en los corsés-fajas para disminuir el vientre, desde 8 pesetas en adelante.

DEBILIDAD

Impotencia y esterilidad

Curadas con el AFRODISIACO MARINO. Caja, 30 rs.; por correo, 34. Utilísimo á los matrimonios sin sucesion y á los estenuados por abusos ó prematura vejez. Correspondencia privada á Yarto Monzon, Madrid.

TURRONES

De V. C., proveedor de la R. C., condecorado con la cruz de Isabel la Católica. Carrera de San Jerónimo 1, junto al café Imperial, el mismo de los años anteriores. No confundirse que hay otro al lado.

SE VENDE

un pagaré de rvn. 80.444, suscrito por D. Félix Moreno Queglés, banquero almacenista de frutos coloniales establecido en la calle Mayor, número 23; darán razon Mayor, núms. 108, 110, pral. de 9 á 12.

Un matrimonio sin hijos desea colocarse de porteros ú otra cosa análoga: él ha servido en el ejército y esta versado en contabilidad; ella sabe planchar y guisar. Informarán Tesoro, 23, 2.º derecha.

MADRID: 1884
Imp. de EL PROGRESO á c. de B. Lanchares Salesas, 2, duplicado, bajo.